

# EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



## PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.  
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.  
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 45.—4 Noviembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

## SUMARIO.

El día de difuntos, por don Alberto Alvarez de Sotomayor.—San Juan de Letrán en Roma, por don E. Moreno Cebada.—¡Lágrimas!... (poesía) por don Bernardo Lopez Garcia.—La capilla espiatoria, por don Antonio G. del Canto (continuacion.)—Nieblas del alma (poesía), por don A. Luis de Sabando.—Verbena, por don Javier de Palacio.—Amor poético-prosaico, por don José Suero.—Siempre tú (poesía), por don José Martín y Santiago.—Exposicion de Bellas Artes, por don Eduardo Loren y la Hoz (conclusion.)—El ambicioso por amor (continuacion.)—El castaño del 20 de marzo.

LÁMINAS. Vista de la Chaux-de-Fonds.—Vista de Nueva-York.—La pradera.—Aguador de Quito.

## EL DIA DE DIFUNTOS.

La Iglesia que tiene una solemnidad para cada gran misterio de nuestra redencion; un recuerdo para todos los que han sacrificado su vida en aras de la fé, ó consagrado sus dias á la defensa y práctica de los sublimes principios del Evangelio, no podía olvidar á los que reposan en sueño eterno y necesitan para sus almas las preces del sacerdote, elevadas al trono del Altísimo entre el humo del incienso y los fervientes votos de los fieles.

Ella, que con el alegre clamoreo de las campanas nos llama al templo para festejar el nacimiento del Salvador, nos indica con un silencio lúgubre la consumacion del gran sacrificio, la terrible catástrofe que, al estremecer los mas profundos cimientos de la tierra, lanzó sobre ella un rayo de poderosa luz, como la tempestad despidió la luz eléctrica, haciéndola penetrar en insondables abismos.

La Iglesia, que es la depositaria de todos nuestros secretos, la que interviene en casi todos los principales sucesos de nuestra vida, nos purifica al nacer con el agua del bautismo; despues nos recibe en sus brazos, regalándonos con el pan de los fieles; forma el dulce lazo que nos une á un sér querido; nos consuela en los últimos momentos; recita sobre nuestro cadáver la oracion del descanso, y le conduce á la postrer morada, no podía dejar de dedicar un día á la memoria de los que constantemente ha acompañado en la tierra.

Este es el que nos anuncia con el fúnebre tañido de sus lenguas de bronce, llamándonos á pedir por las almas de nuestros deudos, á honrar las cenizas que yacen en la tumba, donde á poco tal vez irán á depositarse las nuestras.

Triste y desolador es siempre el eco funeral que nos indica lo transitorio de la vida; terrible es el contraste que forma con las ilusiones y alegrías del mundo; pero solo el que siente su corazon desgarrado por la pérdida de los mas caros objetos comprende hasta qué punto cada golpe de los que lanza la vibrante campana lastima esa herida incurable causada por la muerte de un padre, de un hijo, de una esposa querida: ¡cuán acerbo es el dolor que se experimenta al oír la lúgubre salmodia entonada por los sacerdotes! ¡cuán penosa se presenta entonces la existencia al contemplar el pasado como un inmenso osario, por cima del cual solo se elevan las vagas formas de algunos amargos recuerdos!

En las grandes poblaciones donde se ha introducido la costumbre de visitar la morada de los muertos el día 2 de noviembre, no se comprende verdaderamente la solemnidad, el recogimiento, la tristeza que lleva consigo el cumplimiento de este penoso deber: allí donde se ha hecho un motivo de ostentacion y de fausto; un medio para demostrar el lujo y la riqueza; un pretexto para la reunion y el paseo del día consagrado á orar por los difuntos, no se conoce ni aun remotamente el efecto que sobre el corazon la-



Vista de la Chaux-de-Fonds (Suiza).

cerado por pérdidas recientes, causa el tributo rendido á la memoria de los que fueron. Allí donde la mayor parte vá á los cementerios para contemplar la lujosa librea de los lacayos, los adornos que cubren las funerarias losas, los elegantes faroles y lámparas que arden ante ellas, y las variadas y preciosas coronas que sobre las mismas se depositan, es imposible abstraer la imaginacion; y separarla de aquella multitud de personas y de cosas que despiertan el interés ó la curiosidad, para fijarla solamente en los recuerdos. Allí donde siempre hay muchos que concurren á los Campo Santos, sin tener en ellos cenizas sobre qué llorar, ni aun amigos quizá á quienes compadecer, ni puede existir esa homogeneidad de sentimientos, esa igualdad de afectos que se observa en las pequeñas poblaciones.

En estas solo hay sencillez: no se alumbran profusamente las lápidas de las tumbas; no se cubren con coronas de siempre vivas adornadas de elegantes inscripciones; no se cuelgan en los sepulcros ricas lámparas, ni se ostenta á su lado el blason de ningun noble; no se dirige la multitud en masa y caminando alegremente á poner sus planta sobre la tierra que cubre á sus antepasados; solo se vé alguna cruz de madera clavada sobre la fosa recién cubierta; algunos ramos de flores colocados en las humildes lápidas y muy pocas personas arrodilladas ante las sepulturas rezando con religioso fervor.

En cambio desde el amanecer las iglesias se encuentran llenas de apiñada muchedumbre que asiste con verdadera uncion á las misas que en ellas se celebran. Este es el lugar de la oracion y del recogimiento; donde el alma se eleva al Criador y encuentra en la fé ese manantial de consuelo que inútilmente buscaríamos en las amargas decepciones del mundo.

Allí de rodillas sobre la pobre estera con que se cubren los humildes ladrillos; al resplandor de las luces que arden sobre los altares, al eco oscuro y confuso de las oraciones de los fieles, vemos pasar lentamente á las generaciones cubiertas con un blanco sudario y alargándonos sus descarnadas manos; las vemos formar una inmensa cadena, cuyos eslabones se aumentan de continuo; las miramos deslizarse en silencio dejando tan solo en pos de sí una página en la historia, un monumento sobre la tierra ó un vacío en nuestro corazon.

Contemplamos las sombras de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros amigos, y al estender los brazos para estrechar aquellos seres queridos, tocamos la nada, y la triste realidad hace rodar por nuestras mejillas una ardiente lágrima.

Entonces la imaginacion nos conduce á los tiempos en que el dulce beso de una madre nos hacia sonreír sobre sus rodillas; en que sus amorosas caricias saludaban con infinita alegría las primeras palabras salidas de nuestros labios; en que sus incesantes desvelos nos procuraban el placer, la salud y la razon.

Y sentimos un agudo remordimiento, y oímos la voz de la conciencia que nos acusa de ingratos: ingratos, sí, porque hemos correspondido con impertinencias á sus halagos; con desdenes á sus caricias; con ofensas á su tierna solicitud; porque solo al faltarnos, hemos conocido el valor de lo que poseíamos; porque cuando nos encontramos llorando sobre su tumba, es cuando comprendemos que nada hemos hecho para premiar su inmenso cariño.

Entonces quisiéramos arrancarla del sepulcro, volverla á la vida para consagrarle todo nuestro sér, para adorarla como á la mas fiel imagen sobre la tierra de esa Providencia que está en los cielos, para dedicarle nuestro amor, nuestros pensamientos, nuestros suspiros, nuestra existencia en fin, día por

día, hora por hora, minuto por minuto.

¡Insensatos! Nos creemos capaces de los mayores sacrificios, conociendo la debilidad de nuestro corazon: nos suponemos dotados de suficiente abnegacion para inmolar nuestras violentas pasiones en aras de ese noble amor filial, que la desgracia enardece en nuestro pecho, y la felicidad resfriaria nuevamente, dejándolo postergado á nuestros locos desvarios.

Despues de la dulce y risueña figura de la madre, aparece la del padre, grave y reflexiva, revelando en el fondo de su mirada un depósito inmenso de ternura menos expansiva, que solo se demuestra en determinadas ocasiones; pero que lo induce á sacrificar por sus hijos, salud, tranquilidad y riquezas.

Estas dos imágenes representan el complemento del infortunio: ellas revelan al que las evoca en su memoria la soledad, el aislamiento, el abandono; le manifiestan que en vano buscaria ya eficaces consuelos para sus dolores; que inútilmente estenderá su mano para estrechar otra mas fuerte y generosa: ellas hacen resonar en su oído esa palabra que penetra nuestro ser con un dolor mil veces mas agudo que la acerada hoja de un puñal candente; esa palabra que significa á menudo la felicidad perdida, el porvenir destruido, el camino de las mas bellas ilusiones cerrado para siempre; el límpido horizonte que antes se divisara, cubierto de sombrías y densas nubes: la palabra *huérfano*, que hiela en nuestras venas la sangre y nos hace acusar de cruel á la Providencia que se complace á veces en colmar la medida del sufrimiento.

Luego viene la sombra del hermano, con quien dividimos en la infancia nuestros pensamientos, nuestros juegos, nuestras caricias: la del amigo, cuya mano hemos estrechado con afecto; la de la mujer que ha hecho latir por primera vez nuestro corazon.

Y á todos los hemos visto desaparecer; unos en pos de otros han ido cerrando sus ojos á la luz.

Y todos van pasando por nuestra mente y disipándose como ligero vapor, despues de haber renovado en nuestro pecho la honda pena mitigada por el tiempo: todos nos revelan nuestra miserable condicion que en tan corto espacio nos ha hecho experimentar tantos dolores: todos nos señalan el lugar de descanso donde han de terminarse nuestras amarguras.

Entonces fijando la vista en el sacerdote que eleva sobre su cabeza la sagrada forma: contrayendo nuestra atencion al gran misterio que tiene lugar en aquel momento,



vemos á la Esperanza y á la Fé, que asidas de la mano y cer-  
niéndose sobre nuestras cabezas, nos hacen comprender  
que aun existen ellas como el supremo recurso de los cora-  
zones angustiados.

ALBERTO ALVAREZ DE SOTOMAYOR.

## ESTUDIOS DE VIAJES.

### SAN JUAN DE LETRAN EN ROMA.

SACROSANCTA LATERANENSIS ECCLESIA OMNIUM URBIS ET ORBIS  
ECCLESIAE MATER ET CAPUT.

*La muy Santa Iglesia Lateranense, madre y cabeza de  
todas las iglesias de la ciudad y del orbe.*

Tal es la inscripcion que se lee en ambos lados de  
la puerta principal del magnífico y suntuoso templo de que  
vamos á ocuparnos en el presente artículo, y que es uno  
de los mas notables monumentos de la capital del mundo  
católico. Creeríamos cometer una falta imperdonable, si  
contentándonos con describir las magnificencias de esta  
morada del Señor, no dedicásemos antes algunas líneas á  
hablar de su origen y causas de su fundacion, que nos ha-  
rán conocer los medios admirables de que se valió la di-  
vina Providencia para ensalzar la religion que vino á civi-  
lizar las sociedades, sobre las ruinas del paganismo. Fija-  
remos ante todo nuestra atencion en lo que eleva el alma á  
la contemplacion de Dios, de su grandeza, de su poder sin  
límites, y descendéremos despues á recrear los sentidos con  
la atenta observacion y exámen del templo Lateranense.  
¡La obra de Dios en favor del hombre, y la obra del hom-  
bre para honrar á Dios!

#### I.

Al fundar Jesucristo su Iglesia, quiso imprimir en su  
persona la imagen anticipada de las grandes tribulaciones  
que le estaban reservadas. Durante el tiempo de su predi-  
cacion, fué objeto de las mayores contradicciones, y los  
grandes prodigios y extraordinarias maravillas que obrara  
su diestra bienhechora, sirvieron para concitar contra él, el  
odio implacable de los escribas y fariseos. Una cruz habia  
de ser el término de su carrera: y en torno de ese patíbulo  
afrentoso, signo augusto de la redencion del mundo, habian  
de agruparse los pueblos y naciones. Como yo fui enviado  
por mi Padre, dijo Jesucristo á sus Apóstoles, así yo os  
envio... Es necesario que el Cristo sufra y muera antes  
de entrar en su gloria: y vosotros tambien sufríreis  
aflicciones en el mundo. Mas tened confianza, porque he  
vencido al mundo.

Con tan solemnes palabras, el divino Nazareno, para  
quien como Dios que era, no habia pasado, presente ni fu-  
turo, previno á sus primeros seguidores las grandes y ter-  
ribles persecuciones por las que habia de pasar su Iglesia  
destinada á perpetuarse hasta la consumacion de los siglos.  
Mientras mas perfecta es una obra y mas tiempo está des-  
tinada á existir, tanto mas lento es su desarrollo. Un ejem-  
plo de esta verdad nos presenta la naturaleza. Los árboles  
que se plantan para adorno de los paseos, apenas cuentan  
pocos meses de existencia, estienden sus vistosos ramajes  
cubiertos de verdes hojas, que convidan en el rigor del es-  
tío á disfrutar de la sombra que producen; en cambio, su  
duracion es muy corta. Por el contrario, observamos otros  
muchos árboles, como la palmera, que tarda muchos años  
en robustecerse, y despues ve pasar tranquila cuatro ó  
cinco generaciones. Así la Iglesia, cuya duracion será la  
del universo, fué destinada por su fundador divino á des-  
arrollarse lentamente, y á estar encerrada por espacio de  
tres siglos en la oscuridad de las catacumbas, antes de que  
la cruz salvadora se enseñorease sobre la cúspide del Ca-  
pitolio.

Roma, la ciudad señora del universo, la que bajo el cetro  
de los Césares, sujetaba á su dominio cien millones de hom-  
bres, era esclava de todos los vicios y de las mas ridiculas  
supersticiones. Templos magníficos, en los que con profu-  
sion se habia empleado el mármol y el oro, se hallaban  
consagrados á los dioses del imperio, deidades en las que  
estaban representados los desórdenes todos del paganismo.  
Júpiter, Venus, Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana, Mer-  
curio, Baco y otros varios ídolos, traídos en su mayor parte  
de la Grecia, recibian las adoraciones de los romanos que  
cuidaban y veneraban sus templos, quemando incienso ante  
sus altares. Júpiter era entre todos el mas estimado de los  
dioses, y era aclamado con los nombres de Vencedor, To-  
nante, Optimo y Máximo. ¿Pero qué mas hemos de decir,  
cuando la historia nos revela que hasta en los huertos  
nacian dioses á los paganos, puesto que llegaron á adorar  
á las cebollas?

Ahora bien: en esta soberbia capital, donde tan arraigado  
estaba el paganismo, cayó un dia un grano de mostaza,  
que mas tarde habia de convertirse en un árbol corpulento  
y magestuoso. Tal vez se estarían celebrando las fiestas de  
Júpiter, las *Minervales*, ó las carreras *Equirias*, en honor  
de Cástor y Polux, cuando un hombre, judío de nacion, de  
carácter grave y rostro venerable, aunque pobremente  
vestido y cubierto del polvo del camino, penetraba por la  
orgullosa ciudad de las Siete colinas. Este hombre, en quien  
nadie fijara la atencion, y que dias despues fuera visto en  
el Tíber trabajando con su red para proporcionarse el sus-  
tento, era Pedro, aquel á quien Jesucristo habia constituido  
cabeza visible de su Iglesia, con todo poder y autoridad

para gobernar á ovejas y pastores, y el que debia sembrar  
por sí mismo la semilla evangélica en aquella ciudad, donde  
mas tarde habia de fijar su cátedra y donde habia de efec-  
tuarse su martirio. ¿Y qué podia hacer este hombre solo en  
medio de aquella populosa capital? Nada ciertamente, si su  
obra hubiese sido humana; empero era obra divina, y el  
hombre, á quien Dios ayuda, todo lo puede. Por espacio de  
ocho años predicó el Evangelio, consiguiendo que muchos  
abrazasen la nueva doctrina. Así es que, cuando fué echado  
de Roma por el emperador Claudio, ya quedaba sembrada  
la fructífera semilla que tan ópimos frutos habia de dar  
en adelante. Muerto Claudio, volvió San Pedro á Roma, y  
mas tarde Pablo, Apóstol de Cristo, cuya carta á los roma-  
nos, servia de lectura á los nuevos cristianos.

Si bien la calumnia se ensañó bien pronto contra los se-  
guidores y propagadores de la nueva religion, no tuvieron  
por entonces que luchar con grandes persecuciones, y siete  
pequeñas iglesias que se construyeron en las colinas eran los  
lugares de oracion para los fieles. Pedro y Pablo tuvieron  
que abandonar á Roma para dirigirse al Oriente, y poco tar-  
dó en manifestarse la mas cruel persecucion. Los senadores,  
los patricios, los grandes dignatarios del Estado, empezaron  
á mirar con prevención á aquellos hombres, que con la aus-  
teridad de su vida y su mansedumbre, condenaban la de-  
pravacion y la licencia, que empezando en el alcázar de los  
emperadores se extendía á todas las clases de la sociedad.  
Aquellos pequeños santuarios de que hemos hablado, fueron  
destruidos, y se pronunciaron decretos de exterminio para  
los que no hincasen sus rodillas ante los dioses del imperio.  
No habia crimen que no se imputase á los cristianos, y has-  
ta el incendio de Roma verificado en el reinado de Neron, se  
les atribuyó. Entonces empezaron los martirios mas crueles,  
y cuanto pudo inventar la perversidad guiada por el impla-  
cable odio, se puso en juego para exterminar á los cristianos.  
El circo ofrecia á cada paso sangrientos espectáculos, en los  
que se recreaba la barbarie pagana, y la cuchilla, los toros  
de bronce, las hogueras, sacrificaban cada dia nuevas vícti-  
mas. Pero en las cárceles, en las calles, cuando caminaban  
á los suplicios, y en el mismo martirio, los cristianos predi-  
caban á Jesucristo crucificado, aumentándose el número de  
los fieles, que brotaban del seno mismo del paganismo, al  
tiempo mismo que se aumentaban las persecuciones y los  
tormentos. Pedro y Pablo, que abandonando el Oriente ha-  
bian vuelto á la ciudad de los Césares, terminaron en ella  
gloriosamente su existencia...

Escribimos un artículo y no podemos darle colosales pro-  
porciones. Veamos, pues, de un solo golpe de vista los tres  
primeros siglos del cristianismo. Las persecuciones fueron  
continuadas aunque mas ó menos violentas. Domiciano, Tra-  
jano, Adriano, Antonino, Marco Aurelio y Cómodo, como  
asimismo los demás emperadores que á estos sucedieron, y  
sobre todos Diocleciano, hicieron correr torrentes de sangre  
cristiana. La religion, pues, tuvo que esconderse en las en-  
trañas de la tierra, y en la oscuridad de las catacumbas se  
ofrecia á Dios el incruento sacrificio, saliendo de ellas para  
ganar prosélitos para Jesucristo.

Dejando para materia de otro artículo el hablar con mas  
detencion de esos venerables subterráneos llamados *cata-  
cumbas*, cuyo suelo, sepulcro de tantos ilustres mártires he-  
mos besado mas de una vez, diremos tan solo que estas fue-  
ron el refugio de la religion por espacio de trescientos años,  
hasta que le fué permitido salir á la luz del dia en el imperio  
de Constantino el año 312.

Este emperador, que habia heredado de su padre Con-  
stancio-Cloro, un gran afecto á la religion cristiana, recibió  
una señal nada equívoca de la visible proteccion del cielo,  
que le destinaba para asegurar la paz de la Iglesia. Mar-  
chando al frente de su ejército, vió en medio del cielo una  
cruz resplandeciente, en la cual se leian estas palabras:  
*Con este signo vencerás*. Todo el ejército vió lo mismo que  
Constantino la cruz y la inscripcion, y el mismo Jesucristo  
apareciósele en la noche inmediata con una señal igual á  
la que se viera en el cielo, y le mandó que hiciese un estan-  
darte por aquel modelo, el cual le haria conseguir el triunfo  
en sus batallas. En vano se empeñará el escepticismo en  
negar á poner en duda este hecho prodigioso. El historiador  
Eusebio se espresa hablando de él, del modo siguiente:  
«Si nos lo hubiese referido otro testigo que no fuese el em-  
perador, podríamos dudarle; pero confirmando él mismo  
con juramento su narracion, ¿quién se atreverá á ponerlo  
en duda, especialmente cuando el tiempo y los aconteci-  
mientos nos han patentizado la verdad?» Debe tenerse pre-  
sente que Eusebio escribia estas palabras cuando aun vivian  
muchas de las personas que presenciaron el prodigio.

Con razon, pues, Constantino determinó, no solamente  
proteger la religion cristiana, sino tambien hacerse él mismo  
cristiano, y no solamente el imperio de Occidente sino tam-  
bien en la parte del de Oriente sujeta á Licinio se publicaron  
decretos de proteccion á favor de la Iglesia cristiana. Esta  
salíó, pues, triunfante de la oscuridad de las Catacumbas, y  
el emperador sobre cuya cabeza derramó el Papa San Sil-  
vestre el agua del bautismo, hizo edificar á sus espensas  
muchos templos, para que en ellos se diese culto al verda-  
dero Dios, siendo el mas notable por su grandiosidad y mag-  
nificencia el llamado *Lateranense*, del que ya es tiempo que  
nos ocupemos, consignadas como quedan las anteriores é  
importantes noticias, que aunque presentadas en globo, por  
no permitir otra cosa la naturaleza de este escrito, nos han  
parecido oportunas.

#### H.

Muchas son las vicisitudes por que en el transcurso de  
los tiempos ha pasado el suntuoso templo de San Juan de  
Letrán. Edificado como hemos dicho por Constantino, fué  
dedicado solemnemente al Salvador por el papa San Silves-  
tre I, á quien cupo la suerte de colocar la primera piedra  
de este palacio destinado al monarca de las eternidades.  
Los sucesores de este pontífice se esmeraron en embellecer-

lo, invirtiendo cuantiosas sumas; empero arruinado por un  
temblor de tierra en el año 696, fué reconstruido por San  
Sergio I. Un nuevo temblor de tierra acaecido en 891, ocu-  
pando el trono pontificio Esteban VI, le arruinó segunda  
vez, y Sergio III le hizo levantar nuevamente con mas sun-  
tuosidad que la que antes tenia. Pasados cuatro siglos de  
este último acontecimiento, en el año 1308, siendo sumo  
pontífice Clemente V, que trasladó la silla pontifical á Avig-  
non, un incendio devoró gran parte de esta basílica, no  
respetando el fuego mas que la capilla de *Sancta sancto-  
rum*, donde estaban depositadas las cabezas de los apóstoles  
San Pedro y San Pablo, reliquias que hoy existen en el al-  
tar mayor de la misma basílica, donde fueron trasladadas  
por Urbano V, en 16 de abril de 1370; y están encerradas  
en dos bustos de plata que pesan mas de 700 libras cada  
uno, adornados de muchas piedras preciosas, debidas en su  
mayor parte á la munificencia del rey Carlos V de Francia.

Al saber el papa Clemente V el desastre ocurrido en la  
basílica Lateranense, envió dos comisionados á Roma con  
una suma considerable para empezar las obras de repara-  
cion, y suplicó á los reyes de Sicilia y Nápoles, concedie-  
sen las maderas necesarias para la restauracion del templo.  
A la constancia de este Pontífice y sus sucesores debióse el  
que la hermosa basílica fuese concluida con tanta grandiosi-  
dad como hoy se admira en ella. Apenas fué colocado en el  
trono pontificio Gregorio XI, declaró por su primera consti-  
tucion, que la basílica de San Juan de Letrán era la prin-  
cipal silla del soberano pontífice, y la primera en dignidad  
entre todas las iglesias.

La fachada principal de esta basílica, tiené dos pórticos  
sobrepuestos: en el superior está el balcon desde el cual dá  
el Papa la bendicion al pueblo en ciertas festividades. Cinco  
arcos, sostenidos por columnas de mármol del órden corin-  
tino, adornan la parte inferior y forman otras tantas puer-  
tas. Así como en la basílica de San Pedro, segun hemos  
dicho en otro artículo, se observan sobre la cornisa las es-  
tatuas de los doce Apóstoles y en medio de ellas la del divi-  
no Fundador de la religion católica. Antes de penetrar en  
el interior del templo hay que atravesar el bello pórtico ó  
vestíbulo, que se halla adornado de magníficas columnas de  
blanquísimo mármol, siendo de la misma piedra el pavimen-  
to. A un lado está la puerta que conduce al palacio La-  
teranense, y al otro una estatua de Constantino.

El templo tiene cinco naves, y en la principal hay pre-  
ciosas pilastras que forman seis nichos en cada lado, en  
cada uno de los cuales está la estatua colosal de un Apóstol.  
Estas estatuas fueron hechas y colocadas en este sitio por el  
papa Clemente XI, y el resto de la basílica fué adornada, se-  
gun hoy se encuentra, por Inocencio X, á escepcion del cru-  
cero que lo fué por Clemente VIII, y los magníficos tapices,  
que sirven de adorno en las grandes festividades, fueron  
debidos á la munificencia del papa Alejandro VII. Sobre las  
estatuas de los Apóstoles, hay bajo-relieves de forma cua-  
drada, en estuco, y que representan varios pasajes del An-  
tiguo y del Nuevo Testamento; habiendo otros á mayor  
altura, que representan algunos Profetas.

El altar papal ó mayor está en el centro del crucero: en  
él, cuatro columnas de granito, sostienen un templete de  
estilo gótico, obra de Urbano V, que despues fué enrique-  
cido, como hoy se ve, por Alejandro VII. Bajo este altar se  
conserva el que sirvió á San Pedro y mas tarde á San Sil-  
vestre, para celebrar el santo sacrificio de la Misa. Detrás  
del altar papal está el coro del Sacro Colegio, y al frente se  
coloca el trono del Sumo Pontífice. Este coro, que es de  
madera del Brasil y de mucho mérito artístico, fué man-  
dado construir por Pio VI.

Son tantas las preciosidades que se observan en esta  
basílica, que seria preciso un volumen para describirlas.  
Nos fijaremos tan solo en las mas notables.

El altar donde se venera el Santísimo Sacramento, se  
halla adornado con profusion, y las riquezas que en él se  
ostentan son debidas á la piedad de Clemente VIII. El  
Tabernáculo lo está de piedras preciosas y á ambos lados se  
levantan cuatro columnas de bronce del órden salomónico  
que pertenecieron al templo de Giove-Capitolino. Sobre el  
Tabernáculo, se destaca un bajo-relieve de plata que re-  
presenta al Salvador en el acto de instituir la Santísima  
Eucaristía en la última cena que celebró con sus Apóstoles,  
y un cuadro de extraordinario mérito representando la As-  
cension del Señor á los cielos. Inmediata á este altar, está  
la capilla donde offician los canónigos. Es digno de notarse,  
entre la multitud de pinturas que adornan esta basílica, la  
que representa la Sagrada Faz del Redentor, que dicen apa-  
reció pintada milagrosamente el dia en que se dedicó el  
templo, y que se ha conservado á pesar de los terribles  
desastres, porque ha pasado esta basílica.

Una de las mas preciosas capillas, la que mas llama la  
atencion, es en la que reposa el cuerpo del papa Clemen-  
te XII. El cuadro del altar retrata á San Andrés Cor-  
sino, y fué pintado por el célebre *Reni*. Hay varias estatuas  
que figuran, La Inocencia.—La Penitencia.—La Pru-  
dencia.—La Templanza y La Fortaleza, en las cuales en-  
cuentran gran mérito los inteligentes. Sobre el Sepulcro  
de Clemente XII, está la estatua que le representa y al lado  
sobre dos almohadones la *tiara* que usaba, que está ador-  
nada de muchas piedras de valor.

Entre los varios sepulcros de Pontífices que se ven en el  
templo, es digno de notarse el de Martino V, que está de-  
lante del altar mayor, en el cual se lee esta inscripcion:  
«Martino hizo la felicidad de su tiempo.»

Entre las varias reliquias que se conservan y custodiam  
en esta basílica, se encuentra la tabla de la mesa sobre la  
cual se efectuó por el Salvador la institucion de la Euca-  
ristía; y tambien se ven algunas de las columnas que se  
quebraron á la muerte del Redentor, la losa sobre la cual  
jugaron los soldados con los dados sus vestiduras y otros  
objetos no menos notables.

Por el lado del norte, tiene la basílica otra fachada, la  
cual y su pórtico que tiene tres puertas, son obras manda-



das ejecutar por Sisto V. No tiene el mérito que la principal, y allí se encuentra una buena estatua del rey de Francia, Enrique IV, obra de Coudieri, hecha á espensas del capítulo de San Juan de Letrán.

A este templo de San Juan de Letrán, es conducido el Papa luego que ha sido elegido, para tomar posesion de la soberanía espiritual y para ser coronado, y en su balcón principal dá por primera vez su bendicion *urbi et orbi*.

Es, pues, la basílica Lateranense como la catedral de los papas, por mas que celebren la mayor parte de las funciones del supremo Pontificado en la Basílica de San Pedro. Si se atiende al mérito de las artes, el templo Vaticano es el primero del mundo. El derecho de supremacía pertenece á San Juan de Letrán, *madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad y del orbe*.

E. MORENO CEBADA.

Con el mayor gusto damos cabida en nuestro periódico á la siguiente composicion, una de las mas bellas sin duda que han brotado de la inspirada pluma de su jóven autor.

### ¡LÁGRIMAS!!...

#### I.

¡Espectro del dolor! dame tu lira; quiero cantar; el alma fatigada por derramar sus lágrimas suspira. Quiero cantar... ¿y á qué? de los placeres el vaso está ante mí, fúnebre y triste! Ya no hierve en su seno envenenado el infernal licor; de rojo viste su dilatada boca, que horrible y seca, aun á beber provoca. Ayer yo lo veía; el néctar por sus bordes se escapaba y delirante el corazón saltaba cuando del néctar infernal bebía: fantasmas de placer, con dulce encanto brotaban de sus férvidas espumas cubriendo con su manto mi cabeza infeliz: hoy... triste y seco se muestra al pecho mío, y de su fondo hueco en lugar del placer, se alza el hastío.

#### II.

¡El amor cantaré! ¡Vana quimera!... ¡Qué bien suena esa voz! es el gemido del arpa, que se estiende por el fondo del bosque adormecido; la plácida aureola que de *mi ayer* el cielo tornasola. Mas ¡ay! que al eco sin igual, doliente de mis inciertos sonos, resbalan sollozando por mi frente las sombras de mis muertas ilusiones. Ayer, siguiendo por mi vida inquieta, mugeres vió cruzar cual devaneo mi volcánica frente de poeta. La una, en sus sienes virginal corona de jazmines y lirios ostentaba; sus flotantes cabellos el viento acariciaba, placer y vida respirando en ellos. Con infantil amor, la otra reía, vertiendo por sus ojos la luz primaveral de Andalucía: amor aquella con sus labios rojos brindaba al corazón... ¡todo mentira!... Yo quise amar, y ardiente, arrebatado, por do quiera agitándome indeciso, crucé del mundo por el seno helado, buscando del amor el paraíso. A sus puertas llegué y entré sereno... una nube de sangre y de dolores ofuscó mi razón... miré su seno, y al ver serpientes en lugar de flores, del cáliz de mi amor, brotó veneno!...

#### III.

¡Gloria!... ¡nombre sin par! también el lloro de mi pecho arrancó; recuerdo impío salta á su nombre en mi cabeza ardiente, como en sepulcro, doloroso y frío. Era *mi ayer*; sus arrulladas horas en el regazo maternal durmiendo pasaban sin sentir. Alegre el mundo me brindaba sus flores; sus brisas seductoras, el canto de sus aves trinadoras, y de su cielo azul los resplandores: en medio de tal bien, ¡adiós! un día con dulcísima voz, triste me dijo llorando sin cesar, la madre mía... —¡Me voy lejos de tí! seguirla quise, mas la losa cayó: calmé mi anhelo, y los ojos del alma la miraron tras del plácido azul, buscando el cielo. Entonces deliré: gemí cantando;

necesité para llorar la lira y loco la busqué; toqué sus cuerdas... mas al tocarlas, del dolor herido, las que tristes sonaron, bajo mis manos trémulas saltaron, y el arpa rota moduló un gemido!... Y maldije... y canté; mas ronco y seco mi canto de dolor, do quier retumba, llorando sin cesar; porque es el eco de una lira templada en una tumba!... Y canté la ilusión; y la amargura la noche del pesar, el desvarío; la esperanza, la fé, la desventura... Y el mundo en tanto, á mi alrededor impío, al escuchar mis voces angustiadas, tranquilo convertía mis himnos de dolor en carcajadas!...

#### IV.

Hoy... ¡Adónde voy yá! cansado y solo como el triste y errante peregrino, encuentro por do quiera tapizado de espinas mi camino. ¡Adónde, adónde llevaré las flores que arrojen mis cantarse, si veneno producen los amores y la gloria delirios y pesares!... ¡Mis penas cantaré? Mas no, serena una voz en mi pecho estremecido con acento dulcísimo resuena; un reflejo de luz mi frente toca; es la luz de la fé, que la esperanza eleva al cielo desde el alma loca. Tú eres, Señor; conozco tu mirada en ese rayo espléndido y sereno que ilumina mi frente fatigada. Tú que al mortal que llora consuelas con la célica esperanza de otra vida mas bella y seductora á cuyo seno la razón no alcanza. ¡Tan bueno y te olvidé!... perdon, Dios mío; consuela mis pesares... como al févido mar camina el río, mis cánticos irán á tus altares. Si te ofendí con delirante anhelo, hoy te bendigo con afán profundo; ¿Quién dedica sus cantos á este mundo, estando Tú tras el tendido cielo?...

BERNARDO LOPEZ GARCIA.

Jaen.

## LA CAPILLA ESPIATORIA.

POR D. ANTONIO G. DEL CANTO.

(Continuacion).

Lo demás que se dijeron mutuamente, no pude entenderlo bien, pero sí pude ver por la cerradura los visages que hacían. El duque ponía tan pronto la cara de un conde, como sonreía cual si estuviese muy contento. Pero el marqués era otra cosa. Primero gritaba como un desesperado y luego se puso de rodillas llorando... ¡Maldito Lobo!... Según he pensado despues, se me figura que para aplacar la cólera del marqués á quien sin duda tenía miedo, le dijo algunas palabritas melosas con las que logró sin duda calmarle, pues debe tener tanta maestría para engañar á los valientes, como para seducir á las morenas... ¿No es verdad, hermosa?

—¿Quieres callar, deslenguado? contestó sonriendo la morena.

—¡Miedo!... murmuraba Sancho... ¿El duque dices que tuvo miedo? Á pesar de la vida borrascosa que ha tenido, no hay un caballero en Francia ni en España que pueda justar con él con ventaja.

—¡Qué lástima hubiera sido, dijo la jóven, que hubiese muerto al marqués! ¡Tan amable!... ¡Tan hermoso!... Y que el duque no lo hubiera pasado muy bien, pues dicen que es hijo del emperador.

—¡Hola!... ¿Parece que tú también estás en los secretos de Estado?... ¿Con que te gusta el marqués?... dijo Sancho con aire socarrón.

Pues á fé que no haces mas que seguir la opinion de la mayor parte de las damas de la corte. Y si no que lo diga la señorita Blanca, que á pesar de la elevada posición y de la inmensa fortuna que la ofrece el Lobo, se ha prendado de tal manera del marquesito, que según me ha dicho Garcés, criado del señor conde de Sandoval, pasa las noches y los días llorando por él, lo mismo que yo lloro por tí, pimpollo mío, y acompañó estas palabras con un gesto chocarrero, al mismo tiempo que pasaba su arrugada mano por las mejillas de la jóven, que sin ruborizarse ni fijar siquiera la atención en la acción del lúbrico viejo, seguía una conversacion, con los piés, con el pajeito que tenía á su lado.

—Pero, señores, continuó Sancho ¿Qué nos importa á nosotros la buena ó mala noche que pase el duque; ni sus cuestiones con el marqués? Si la pasa buena, brindemos por que buen provecho le haga; y si mala, que la tome en cuenta de las infinitas mejores que ha pasado en Italia donde no quedó ni un solo pueblo en que no haya dejado recuerdos de su vida licenciosa, lo mismo que su fiel criado.

—¡Hola!... ¿Con que tú también las has pasado buenas? preguntó la jóven.

—Pues es claro; dime con quien andas, te diré quien eres. El duque me decía de esta manera: «Sirveme bien en mis empresas amorosas y nunca te faltará dinero, y además puedes sacar tu escote con las criadas y doncellas de mis queridas.»

Yo, que no era ni tuerto ni feo, y por otra parte humilde y obediente servidor, hacía al pié de la letra lo que me mandaba mi amo y pasaba una vida de príncipe. ¡Ah!... ¡Qué tiempos aquellos!... Pocos días pasaban sin dar y recibir ochilladas. Había un galán que servía de obstáculo á los proyectos del duque, Sancho se encargaba de darle un pasaporte para la eternidad.

—¡Qué!... ¿También has asesinado? preguntó asustada la jóven.

—No, muger: todos fueron despachados en buena ley; esto es, cara á cara: aunque á decir verdad, ni el duque ni yo éramos escrupulosos. Me acuerdo que una vez... pero mejor será dejar esta historia para otro día.

—No, no, seguid: dijeron todos.

—Repito que ahora quiero que bebamos y degemos estos recuerdos para otra ocasión. ¡Oh!... Entonces sabreis lo que ha sido el Lobo, y lo que son los italianos y sobre todo las napolitanas. Allí los puñales y los venenos son el pan nuestro de cada día. Lo que os he contado no vale nada en comparación de lo que os he de referir cuando volvamos á tener otra buena noche; pero puedo aseguraros con anticipación que el alma del duque, y acaso acaso la de su obediente servidor, están ahora mismo ardiendo en los infiernos.

—¡Jesús!... dijeron todos antiguándose por un impulso de temor supersticioso.

En este momento los ojos del lascivo y diabólico viejo, escitados por los vapores del vino y por los lúbricos besos que durante su relato había estampado en las mejillas descoloridas de la jóven, mas se parecían á los de un condenado que no á los de un alma viviente.

Últimamente, el lacayo que hasta entonces no había desplegado los labios, dijo con balbuciente voz:

—«Pido que se brinde por la felicidad del Lobo que también paga nuestro servicio, y por su fiel criado Sancho que tan buenas noches nos proporciona.»

—Bien, bien, gritó aquella turba crapulosa, y todos á un tiempo volvieron á apurar por la vigésima vez los vasos, y siguieron en su inmunda orgía hasta el amanecer.

He hecho esta digresion, solo con el objeto de daros una idea de lo que podría haber sido el duque en su juventud, y sobre todo para que conocierais lo que son los criados de confianza. Pues aunque hay algunas honrosas escepciones, no por eso deben los señores hacerles dueños de sus secretos, porque rebajan por este medio su dignidad, que es el único valladar que existe entre sí. Porque nada mas comun, que cuando en el interior de una familia sucede algun acontecimiento feliz, ó algun funesto contratiempo, tan ordinarios en el curso de nuestra miserable y efímera existencia, el que los criados en sus círculos familiares formen sus comentarios y saquen á la luz de su maligna crítica todos los vicios y defectos de sus dueños.

¡Desgraciado del incauto que confía su honor y su reputación á la prudente reserva de un criado! Si por casualidad no publica su falta, y de esto tenemos muy pocos ejemplos, tiene que satisfacer sus menores caprichos, y del mas abyecto y miserable siervo se cambia en el mas insoportable tirano, siendo el roedor eterno de la conciencia de su amo, pues con su presencia tiene siempre delante de sí un padron viviente de la falta que ha cometido, y llegan á cruzar por su mente ideas desesperadas de suicidio ó asesinato.

Nada mas comun tampoco que en el interior de la casa de esos célibes que tienen que vivir gobernados por sirvientes de ambos sexos, haya la desmoralización mas espantosa y tengan lugar las bacanales mas asquerosas que puedan presenciarse en esas sentinas de corrupcion y de escándalo, llamadas garitos. ¡Bien, es verdad, que la moral y ejemplo de los señores, es las mas de las veces el fanal que sirve de guía á los domésticos!

En la mañana de esa noche de inmunda bacanal, apenas las aves habían entonado el himno de costumbre á los alegres rayos de la aurora, cuando se veía ya á los criados del duque cruzar rápidamente de un punto á otro de palacio, preparando su equipaje y su coche de camino.

El marqués de la Lealtad, agitado por las violentas emociones de la noche anterior, no había podido hallar en el sueño el reposo que necesitaban sus miembros fatigados por las largas jornadas que había hecho por espacio de seis ó siete días seguidos; así es que apenas oyó ruido y movimiento en el palacio, saltó del lecho y se puso á pasear por su habitación.

Nadie sabía en el palacio que se hallaba de regreso, á escepcion de algunos criados de escalera abajo, pues como había entrado en su habitación á una hora muy avanzada, todos estaban en brazos del sueño, y por consiguiente no pudieron enterarse apesar de haber visto á Hernán por la mañana, de si el huérfano había venido.

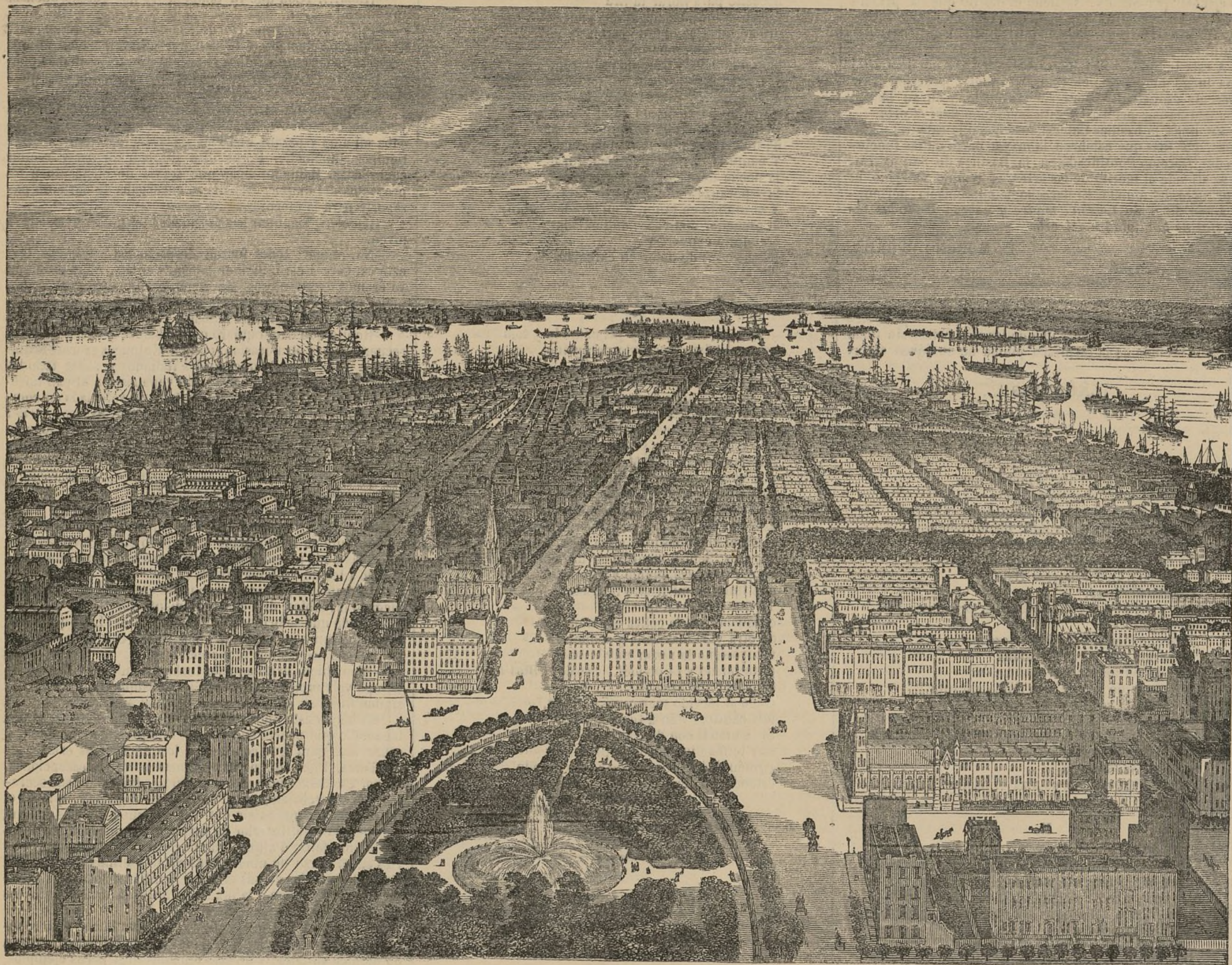
El marqués principió á calcular los medios mas apropiados para salir de tan apurada situación sin perder la gracia del duque á quien su generoso corazón amaba, á pesar de su proceder rastroso y poco caballeroso.

Creía que apelando á la súplica y á los medios dulces le sería fácil persuadir á su protector que renunciase á un proyecto que mataba su porvenir.

Creía que el cariño que el duque le había profesado durante su adolescencia, serviría de balanza al que sentía por Blanca, y por consiguiente le cedería su posesion. ¡Pobre jóven!... Desconocía el corazón humano. Juzgaba las acciones de los demás por las suyas, y creía que las pasiones del hombre que ha marchado por la senda de la corrupcion y del vicio por espacio de treinta años, se detendría ante el sentido clamoreo y las lágrimas de un niño.

Embragado de placer con tan lisongeras esperanzas, no





VISTA DE NUEVA-YORK.

imaginaba el golpe que en aquel momento le amenazaba.

De repente apareció en el dintel de su habitación su criado y amigo Hernán, con el semblante notablemente alterado.

Alarmado con su aparición que no le presagiaba lo que su imaginación había soñado pocos momentos antes, le preguntó la causa de su agitación y se quedó estupefacto al saber que el duque iba a salir para la quinta de Sandoval.

En el momento en que recibió esta noticia, que para él no era inesperada, pues Blanca se le había anticipado, sintió estremecerse de rabia su corazón y agolparse la sangre a sus sienes, y sin reflexionar en la gravedad del paso que iba a dar, se ciñó su espada y se precipitó ciego de ira y de celos en la habitación del duque en el momento en que aquel se preparaba para marchar a la quinta de Sandoval.

## VIII.

Apenas había concluido de colgarse su espada del cinto el duque de San Roman, cuando se presentó repentinamente en el dintel de su cámara el marqués de la Lealtad.

La admiración y sorpresa del duque fué tan notable al ver aparecer a su protegido y rival en el momento en que menos le esperaba, que no quería dar crédito a sus ojos y se pasó dos veces la mano por la frente creyendo que era un desvarío de su imaginación.

Pero cuando vio al huérfano adelantarse dos pasos dentro de la habitación, al ver su semblante lívido y sus ojos centellando de furor, al notar en sus labios una sonrisa sarcástica y atrozmente despreciativa, y al oír que con acento trémulo y enfático le preguntó:

—Señor duque, ¿dónde vais?

La duda desapareció de repente y quedó anonadado ante la horrible realidad.

A pesar del dominio que tenía el duque sobre sí mismo, no pudo sufrir con calma la insolente pregunta del huérfano, y a su vez le preguntó sin responderle:

—¿Y vos, qué queréis, malvado? ¿Con qué derecho os presentáis en mi habitación de un modo tan descomedido a preguntarme por los actos de mi vida privada? ¿Qué es lo que

causa ese furor y agitación? ¿Habeis perdido el juicio? Si es así, decidlo pronto, rapaz, y mandaré que os encierren en una casa de locos.

El marqués en el estado de demencia a que le habían conducido sus rabiosos celos, le contestó:

—¿Con que os asusta mi locura, señor duque? Mas os asustará cuando sepais que no ignoro vuestros villanos proyectos. No ignoro que mi presencia debe de seros en extremo sensible, pues os impide que vayais a usurparme un bien al que no teneis mas derecho que el que os da vuestra traición y la ruin ambición de un padre desalmado. No ignorais tampoco que ese bien me pertenece, que él es mi vida y mi felicidad y que moriré mil veces antes que consentir que me le usurpen... Pero no... dijo mudando de tono y asomando a sus ojos una lágrima... Vos... no me lo robareis, señor duque, pues sois compasivo y generoso. Vos sois magnánimo y grande, ocupais en el mundo una posición brillante y envidiada y hallareis otras mil que desearán verse a vuestros pies. ¡Tened piedad de mí, señor duque!... Ya lo veis, los celos... el amor que profeso a Blanca, que es lo único que poseo en el mundo, me han hecho faltar al respeto que debo a vuestra grandeza; pero vos me perdonareis, ¿no es verdad? Vos sereis tan grande y tan generoso que perdonareis al pobre huérfano, al joven desamparado, que no le espera en el mundo mas felicidad que la que vuestra bondad quiera dispensarle. Pues bien, yo la acepto de vos y la acepto de rodillas. Vedme en una posición en que ningún mortal me ha visto hasta ahora ni me verá jamás. En esta posición humillante para el que ciñe una espada, os suplico, señor, que si sabeis quienes son los autores de mi existencia, no seais tan cruel que os neguéis a revelarme su nombre, y os juro por mi honor, que si debe quedar envuelta en el velo del misterio vuestra revelación, jamás saldrá de mis labios una palabra que la declare. ¡Ah!... ¡Por piedad, señor duque, perdonadme y decidme quien soy!

—¿Que os perdone!... ¿Que os diga quien sois!... Voy a decirlo... Sois un miserable, un villano, que por la posición baja que ocupais en este instante, revelais lo infame de vuestro nacimiento. Sois un ingrato, pues habiéndos dado una educación caballeresca é indigna de vuestra cuna, os creéis con derecho a insultar al que os sacó de la nada. Y

sois un deslenguado insolente que habeis tenido la audacia de disputarme la mano de una mujer que por sus blasones y su cuna solo tienen derecho a aspirar a su posesión los que ciñen sus sienes con una corona de duque ó de conde!... Dichas estas palabras trató de salir de su habitación; pero Carlos, que desde la primera frase injuriosa del duque había dado un salto de tigre, se precipitó sobre él, y cogiéndole violentamente por el brazo y apretando convulsivamente la empuñadura de su espada, gritó con voz de trueno:

—Callad, callad, infame seductor, callad ó con mi espada os cortaré la lengua para escarmiento de malvados hipócritas, ¡Yo miserable!... ¡Yo!... Vive el cielo que si vuestra edad no os pusiera al abrigo de mi justa cólera, os haría ahora mismo pedazos en mis manos.

Pero aun podeis manejar con destreza vuestra espada, y si no sois tan cobarde como villano, yo, el marqués de la Lealtad, que no sufriria del mismo César las horribles injurias que vuestra lengua me ha prodigado, necesito para lavarlas toda vuestra sangre, y es preciso que corra antes de veinte y cuatro horas.

El duque, a pesar de lo crítico y apurado de escena tan imprevista, echó una rápida ojeada a su situación. Creyó sin ningún género de duda que aquel joven era hijo del emperador, cuando tan pronto había alcanzado un título. Conoció que un duelo con tan terrible adversario, no podría menos de comprometer su existencia, y aunque el miedo no tuviese cabida en su corazón de hierro, rechazó la idea de que llegasen a cruzarse sus espadas, tanto porque si moría en el lance como era casi probable, no podría conseguir ser dueño de Blanca, que era su mas ardiente deseo, cuanto porque si por casualidad lo mataba y era hijo del monarca, perdería indudablemente su favor y caería su cabeza en un cadalso. Estas reflexiones cruzaron con la rapidez del relámpago por la imaginación del duque y se decidió por último a recurrir a la astucia y burlar su candidez.

—Vamos, le dijo, ahora conozco que sois un valiente y que honraris el título con que os ha favorecido el emperador. Y dulcificando cuanto le fué posible su voz, continuó.

—Pero a la verdad, no creía que fueseis tan ingrato que quisieseis hacer uso de él solo con el objeto de cruzar vuestra espada con la mia. ¿No conoceis, joven, que es imposible



un duelo entre los dos?... ¿Es posible que tuvieseis valor de derramar la sangre del que cuidó de vuestra educación y os enseñó las leyes de la caballería? ¿llegaría vuestra ingratitud al extremo de olvidar las caricias que os prodigué en vuestra niñez? Y si estas reflexiones no son suficientes para desarmar vuestra cólera y para que no creais que me inspiran temor vuestros arrebatos, sabed que mi espada está pronta á daros cumplida satisfacción... Pero... ¡yo desvarié!... dijo el pérfido, mudando de tono. Si acaso os matase en un duelo ¿cómo respondería al emperador del huérfano que me entregó cuando me preguntase por él?... Es imposible, repito, un duelo entre los dos. Perdonadme, como yo os perdono, los ultrajes que os he dirigido en un arrebato de cólera, y en prueba de que no me guardais rencor alargadme vuestra mano.

El huérfano al ver la conmoción del duque y sus tiernas y patéticas frases, sintió desaparecer por grados su cólera y sus celos y germinar de nuevo en su alma grande los generosos sentimientos con que le había dotado la naturaleza. Así es que no pudiendo dominar los nobles impulsos de su corazón, se arrojó en sus brazos sollozando de alegría y le pidió perdón por su funesta precipitación.

El duque, para fascinarle completamente, le manifestó que hacía tiempo que se ocupaba de indagar quienes eran los autores de sus días y que sus primeros pasos no habían sido del todo infructuosos.

Por último le dijo que después de la escena que acababa de tener lugar entre los dos, convenía á su tranquilidad que no viviesen bajo un mismo techo, y con el objeto de disipar enteramente sus recelos, le empeñó su palabra de duque de no obligar á Sandoval á que le diese la mano de Blanca hasta la próxima llegada del emperador, á cuya soberana voluntad remitía la decisión de aquel asunto.

Los dos rivales volvieron á estrecharse nuevamente las manos y se separaron cual si fuesen los mejores amigos. ¡Tal arte se había dado el duque para disfrazar sus diabólicos proyectos!

Sería imposible pintaros la angustiosa situación del buen Hernán durante la escena que os acabo de referir. Inmóvil, con los ojos fijos en la cerradura de la puerta, esperaba con ansiedad insoportable el desenlace del drama que se representaba á su vista.

Mil veces estuvo por lanzarse en medio de los dos rivales y decirles:

«Carlos, abrazad y no provoquéis á vuestro padre.» «Señor duque, el huérfano á quien insultais tan cruelmente, es vuestro abandonado hijo.»

Mas el temor y el respeto que le inspiraba la decidida voluntad del emperador, le contuvo con harto dolor de su corazón, aunque no me atrevo á aseguráros que se hubiese mantenido impávido si se hubieran llegado á cruzar sus espadas.

En fin, cuando vió el feliz resultado de aquel acontecimiento que amenazaba ser tan sangriento, fué su alegría tan grande, como mortal había sido su ansiedad.

Y aunque creyó notar una ligera contracción de odio en el arrugado rostro del duque al dar la mano á Carlos, y asomar á sus labios una sonrisa de desprecio, fué tan fugaz la impresión que le causó, y estaba amalgamada con tanta infinidad de emociones como había sentido durante la cólera del marqués, que apenas vió el apetecido fin de sus ansias, desaparecieron enteramente sus recelos, sin dejar mas que una imperceptible huella en su imaginación.

Cuando Carlos regresó á su habitación con objeto de hacer los preparativos para trasladarse á otra morada, halló á Hernán ocupado en arreglar los objetos mas indispensables para tan repentina mudanza.

Era tal la alegría del huérfano que no conoció en el contento que rebosaba en los ojos de su criado, que estaba enterado de la grave cuestión que se había agitado entre él y su protector, por lo que en un arrebato de cariño y de júbilo se precipitó en sus brazos y le comunicó su entrevista con el duque y la futura felicidad que le esperaba.

Hernán miraba fijamente al marqués, sin poder decirle ni una sola palabra, pues no podían salir de su generoso pecho que casi se ahogaba con el exceso del placer.

Convinieron en los medios de instalarse en una nueva casa, y en aquella misma tarde el marqués de la Lealtad ofreció á sus amigos su vivienda, que se hallaba situada en una de las principales calles de Madrid.

En este mismo día se notaba desde muy temprano mucho movimiento entre los sirvientes del ilustre y orgulloso conde de Sandoval, amueblando lujosamente varios salones y habitaciones que no se habían ocupado hacia ya bastante tiempo.



La pradera.

## NIEBLAS DEL ALMA.

¿Por qué así el tiempo pasa?  
¿por qué tan raudas vuelan  
las horas, que de dicha  
nuestra existencia llenan?  
¿por qué así indiferentes  
con el mortal se juegan  
robándole mañana  
las glorias que hoy le dejan?  
¿Será que nuestra vida  
también regirse deba  
por esa ley constante  
de la caduca tierra,  
que entre sus fuertes ejes  
rechina y forcejea  
al ver que del destino  
la mano le sujeta,  
haciéndola que gire  
en sempiterna vuelta  
en vez de vagar libre  
por la espaciosa esfera?  
Para una vez que cante  
el mísero poeta  
¡ha de entonar tan solo  
tristísimas endechas?  
Y tú, que ahora motivas  
mi amarga cantilena,  
emblema de mis glorias,  
placer de mi existencia,  
¿por qué inhumanamente  
de mi lado te alejas?  
¿No conoces que pierdo  
mis esperanzas bellas  
y el corazón amante  
se agostará al perderlas?  
¿Ignoras que mi ser  
son tus caricias tiernas  
y mi mayor ventura  
tus fervidas protestas?  
¿No sabes lo que entibia  
la malhadada ausencia  
el fuego que presentes  
los corazones quema,  
por mas que en la constancia  
su venturanza vean?  
¿Cómo quieres que dunde  
de esta verdad inmensa,  
y qué existencia es dable  
con esa duda fiera?  
Pues qué ¿será posible  
que un amor no tengas  
si vé el talento y gracias  
que tu conjunto encierra,  
que su pasión te pinte  
por mas que no la sienta,

con mágicos colores  
que á ti te desvanecan?  
Y dado el primer paso,  
si ese amorador te asedia  
y un día y otro día  
redobla sus finezas  
que tú como un tributo  
muy natural aceptas;  
con tu imaginación  
en penetrar discreta  
del mas oculto signo  
la singular tendencia,  
y cual las de tu sexo  
mas á querer propensa  
á aquel que mas tributos  
en tus aras ofrece;  
oyendo su voz siempre,  
mas no mis dulces quejas;  
de ti siempre él delante,  
yo ausente á muchas leguas,  
¿podrás serme constante  
por mas que tú me quieras?  
y si por tu perjurio  
te acusa la conciencia,  
¿no harán tus argumentos  
al fin que calle y ceda?  
¿Hay mas que atribuirme  
las faltas que cometes?  
No, no; por Dios, desiste  
de ausencia tan funesta  
ó aplázala á lo menos,  
bien mio, cuanto puedas.  
Ya que un amor dichoso  
hoy á los dos alienta  
¿á qué esponer dos almas  
á tan severa prueba?  
Y no es porque la mia  
no te idolatre ciega,  
ni porque á nuevo influjo  
de amor ceder yo tema,  
pues juzgo mi pasión  
con tu recuerdo eterna,  
pero es lanzar un reto  
á la naturaleza,  
y para quien cual yo  
la veledad lamenta  
de los mundanos lazos  
y la amistad terrenas,  
será ver tu inconstancia  
si juras tal firmeza,  
dejar el alma mia  
cerrada á las creencias,  
sin ilusiones gratas,  
con esperanzas muertas.

A. LUIS DE SABANDO.

## VERBENA.

(CUENTO DE VIEJA.)

A José de Liñan y Eguizabal.

Todos decían que nadie podía entrar en la cueva de la montaña: por esto todos la llamaban la cueva maldita. Y los pastores la miraban de lejos cuando llevaban sus ganados á pacer en la montaña.

Sin embargo, Verbena la preciosa pastora, tenía vivos deseos de saber lo que dentro de aquella cueva había, y todos los días se aumentaba su curiosidad.

Cuando tuvo diez y seis años cumplidos, pensaba que siendo ya bastante grande, no debía tener miedo.

Un día que dejó el rebaño al cuidado de su hermano, diciendo á éste que iba á coger madroños, se internó en el bosque dirigiéndose hacia la temible cueva.

Su curiosidad era tan grande, que entró en ella con paso firme, y aunque después comenzó á arrepentirse de haber entrado, no era cosa fácil el volver atrás. A pesar de haber andado mucho, la cueva estaba siempre alumbrada por la luz del día, y al lado opuesto columbraba la otra salida que parecía invitarla á seguir andando.

Apresuró el paso, y al poco tiempo encontrése sorprendida al ver delante de sí un país como ella nunca había imaginado.

El cielo era sonrosado; la yerba y las hojas azules, los pájaros tenían cuatro alas, y las mariposas eran grandes como las hojas de los sicómoros. El agua saltaba de todas partes por surtidores magníficos que repartían los perfumes mas suaves. Los ciervos de

blanca piel, cuernos de oro, y ojos azules que venían á beber á estas fuentes embalsamadas, bailaban alrededor de la niña hablándole en un lenguaje desconocido, pero tan dulce y tan sonoro, que Verbena los escuchaba con la mayor alegría, si bien es cierto que aquellos expresivos animales, celebraban á porfía la hermosura de la niña.

Verbena caminaba de sorpresa en sorpresa; todo este país encantado le parecía que celebraba una fiesta, y como oyera detrás de los bosquecillos de árboles, conciertos de voces humanas, se dirigió á ellos saltando y cantando como una loca.

En medio de una llanura de menuda arena de oro, y entre magníficos árboles, vió un palacio de prodigiosa hermosura.

A medida que se acercaba, percibía mas claramente el ruido que tanto llamó su atención. Pero no atreviéndose á entrar por la puerta principal, se acercó á una ventana baja, por la cual se exhalaba el olor á cocina mas apetitoso del mundo.

Llamó tímidamente á la puerta y un cocinero que apareció, la dijo bruscamente:

—¿Qué buscas aquí?  
—Busco mi camino, señor, y le ruego que me diga por dónde podré volver á mi casa.

—¡Ah! ¿eres tú la hermosa niña que ha atravesado la montaña? ¡Bien venida seas! Nosotros te esperábamos.

Al decir estas palabras con sardónica sonrisa, el cocinero afilaba su cuchillo en el delantal de cuero, y miraba á la jóven de una manera terrible.

—Entra, la dijo, entra, que por aquí está tu camino.

Verbena, después de haber pasado un corredor muy largo, se encontró en medio de una inmensa cocina, en donde veinte cocineros se ocupaban en preparar los platos para un suntuoso festín.

Treinta cacerolas estaban llenas de varios manjares; pero sorprendióse al ver que la mayor de todas estaba vacía junto al fuego.

—Señor cocinero, dijo á media voz, ¿por qué no está llena esta cacerola como las demás?

—Porque estaba esperando la vianda que en ella había de prepararse, y la vianda llega en este momento. Tú eres lo que esperábamos, y cuando te hayamos guisado comenzará el banquete.

Verbena se puso á llorar amargamente, y suplicó al señor cocinero que la dejara la vida.

—No hay mas que un medio de salvación, dijo aquel antropófago; ahí tienes una llave de oro; busca en todo el palacio la puerta que con ella se abre, y si la encuentras, elegiremos otra persona para la comida de su Magestad.

La desconsolada Verbena empezó entonces su penosa tarea, probando la llave en mas de cuatrocientas puertas. La pobre niña tenía de término todo el día; pero el sol declinaba, y la puerta no parecía.

Verbena temblaba como las hojas de los árboles, y en su precipitación no podía hacer convenientemente su ensayo: el cocinero mayor y cuatro de sus ayudantes la acompañaban, armados con enormes cuchillos, y á cada paso la decían:

—¡Verbena, el sol se pone! ¡El sol se pone, Verbena, date prisa!

La pastorcita había recorrido las habitaciones grandes y las pequeñas, sin dejar de probar la llave de oro en ninguna cerradura; pero esta era siempre, ó muy grande ó demasiado pequeña. El cocinero dijo entonces á la jóven:

—Verbena, el sol vá á desaparecer por completo y se acerca el último instante.

La niña estaba en aquel momento frente á un espejo

(Se continuará.)



hermosísimo, en el cual vió á su padre y á su madre, sentados á la puerta de su cabaña. Y lloraban, sin duda por la hija que habían perdido, sin poder calcular la penosa situación en que se encontraba.

—¡Pobres padres míos! exclamó la joven llorando amargamente.

Al decir esto, lanzóse hácia el espejo, sin duda para estrechar entre sus brazos á aquellos seres queridos que veía como por encantamiento.

Pero como llevaba en la mano la llave de oro, esta, al choque con el cristal mágico, lo rompió en mil pedazos, dejando descubierta una puerta de ébano que detrás del espejo había, y cuya cerradura venía perfectamente á la llave fatal.

La puerta se abrió.

—Nosotros te esperábamos, hermosa Verbena, dijo el monarca apareciendo, y presentando la pastora á su corte, la mas brillante del mundo entero.

Entonces Verbena se encontró cambiado el traje rústico que llevaba por un hermoso vestido de tisú con piedras preciosas.

Su belleza era siempre la misma, porque las hadas, con todo su poder, no pueden embellecer nunca las obras de Dios.

Sin embargo, en medio de su esplendor soberano, el joven monarca estaba pensativo y melancólico. Acometido de una secreta inquietud, dijo á la extranjera con voz conmovida, al dirigirse á la mesa del festín:

—Encantadora Verbena; por haber encontrado la cerradura maravillosa, puedes pedirme una gracia cualquiera: ¿qué es lo que quieres?

—¡Ah! ¡señor! no vacilaré un momento en rogaros me devolvais á mis pobrecitos padres; pero vuestra bondad y vuestra gloria me interesan mas que nada, y solo os pido la libertad de todo desgraciado que caiga bajo las manos de vuestro temible cocinero!

Apenas pronunció estas caritativas palabras, cuando resonó una música triunfante en todos los salones del palacio. Los semblantes de los cortesanos se trasformaron en aquel momento, y la mas viva alegría reinó entre los convidados.

—¡Oh! ¡mi libertadora! bien venida seas, por la petición que acabas de hacerme, porque la gracia que deseas para otro, es para mí. Hermosa súplica que yo esperaba hace seiscientos años, y que me liberta de un horroroso encantamiento! ¡Tú eres la primera que al pedirme un favor, lo has hecho para otro, y no en provecho tuyo. —¡Mi mesa real, no se manchará de hoy mas con detestables manjares, á los cuales me estaba permitido no tocar, pero cuya sola vista me daba horror! En reconocimiento de tan gran beneficio, quiero hacer algo mas por tí.

—¡Ah, señor! ¿quereis enviar por mi padre y por mi madre?

—No podré hacer eso.

—¿Entonces me pondreis en su poder?

—Tampoco puedo.

—¿Pues qué quereis hacer de mí?

—Enviaré á mi pájaro encarnado, mi fiel mensajero, para que diga á tus padres que eres mi esposa, y que no hay en toda la tierra una reina mas amada ni mas hermosa que tú.

Verbena vivió muchos años, siendo la mas feliz de las esposas, y la mas buena de las madres. —Pero en medio del lujo y esplendor de su corte, y de las caricias de su marido y de sus hijos, siempre buscaban sus ojos aquella cabaña que al otro lado del monte encerraba la mitad de su alma.

—¡Niños! ¡ni aun en el país de las hadas, hay felicidad completa!

JAVIER DE PALACIO.

## AMOR POÉTICO-PROSAICO.

### I.

Clemente era uno de esos seres que nacen al mundo casi para ser desgraciados.

Su corazón era un eterno idilio de amor, y su alma una aspiración á lo bello, á lo sublime, á lo ideal y á lo desconocido.

Clemente era poeta; pero nunca los resplandores de su mente ni las tiernas emociones de su pecho habían adquirido forma en cadenciosos versos.

Porque la poesía no es de rigor que esté encerrada en formas métricas, sino que puede vivir y estender sus alas bajo cualquiera otra forma.

Hé aquí, por qué existen en el mundo muchos seres á quienes se debe llamar poetas, aunque ni en prosa ni en verso hayan demostrado jamás que lo son.

Porque la forma es una cosa muy diferente del fondo, y nunca será mas que la rémora de éste, ó lo que es lo mismo, la eterna cadena del pensamiento.

Por esto cuando se quiere vestir la idea, sucede que unas veces se la atavía muy bonitamente, al paso que otras sale á la calle como un mamarracho ó un arlequín.

Esto depende de una porción de circunstancias. Depende del mayor ó menor número de vestidos (léase palabras) que se tengan en el guarda-ropa; de la mayor ó menor elegancia en los mismos; de que sean de moda ó no lo sean; de que sean de tela española, alemana ó francesa; de que se tenga buen ó mal humor al tiempo de ataviarla y principalmente de que ésta sea regularcita, porque de lo contrario, aunque á la mona la vistan de seda, mona se queda.

Clemente era un muchacho que tenía todas las circunstancias predichas para poder hacer algo en el mundo. Clemente tenía lo principal: tenía ideas y quizás *comm'il faut* pero ¡oh dolor! lo mismo que sino las tuviera, y hé aquí,

por qué Dolores se desesperaba cada vez que veía en Clemente un muchacho de tanto talento, de tan buenas dotes, que para nada servía. Porque Dolores era todo lo que se llama una muchacha de genio. Alta, morena, de negros ojos, palmito divino, cintura breve, pié ídem, y por mas señas andaluza, parecia tener mas fuego que una locomotora, y mas bríos que una fragata con fuerza inconmensurable. Sus ardientes miradas eran constantes relámpagos de amor capaces de encender el cuerpo de menos combustible.

Y Dolores queria á Clemente tanto ó mas que Clemente á Dolores, sin mas diferencia en su amor que la de sus respectivos caracteres.

Clemente era el poeta lírico, sentimental. El sér perdido siempre en el risueño cielo de lo infinito, de lo ideal, de lo sublime y lo desconocido. Su alma veía siempre amores de inimitables armonías en el trinar de las aves, en el color de las flores, en la soledad de los bosques, en el susurro del arroyuelo y en la ligera ondulacion de la espumosa onda de los verdes mares.

Para Clemente, en fin, todo era amor en la naturaleza. En cambio, Dolores si bien tenía una imaginación de fuego y mucho amor en su seno, este amor era como debe ser, ideal-material, ó lo que es lo mismo, amor de ángel, que unas veces estiende y bate sus nacaradas alas hasta la misma cumbre del empero y otras las arrastra tocando casi las profundidades de la tierra.

De aquí, que los dos amantes no se pudieran entender mas que á medias, porque el uno era el amante ideal-vaporoso ó poético-metafísico, al paso que el otro era el amante entre el cielo y la tierra, místico-profano ó poético-prosaico.

### II.

Los dos amantes solían pasar las primeras horas de las noches de verano en un frondoso jardín de la casa de Dolores, y en una de esas noches veíaseles sentados en un rústico banco, dirigiéndose tiernas miradas y vehementes suspiros, que mas de una vez habían hecho bostezar de sueño y de fastidio á la bella andaluza.

—¿Es verdad, ángel mio, decía Clemente, que nuestras dos almas se pierden en un éter celestial en estas noches misteriosas de poesía y de amor?

—Sí, Clemente, contestaba la bella andaluza, y tan perdidas como están, que me *parese* que nunca se ván á encontrar de veras.

—¡Ah! Mira la luna meciéndose apacible y melancólica sobre las copas de los árboles y teniendo el cielo de fúlgidos y plateados resplandores, que magestuosos oscilan proyectando triste sombra. ¡Cuán dulce es el amor! Todos los seres aman: la flor deliciosa, el ave canora, y hasta el manso arroyuelo, que triste murmura suspiros de amor.

—Dí, Clemente, exclamó Dolores, ¿y tu *personita* me puede *desir* cómo ama la flor, el ave y el arroyuelo? ¿Es como yo te amo ó se quieren un poquillo mas?

—¡Oh! no, no es como nosotros nos amamos, Dolores. Se aman con un amor mas puro, mas tierno, poético é ideal. A la flor, bástala el suspiro embalsamado de su flor compañera, que le llevan las auras de la noche; á la clara estrella, el purísimo brillar de su lucero; al ave parlera, el trino del ruiseñor canoro, y todas las flores y plantas, y todas las aves é insectos, desde la sensitiva y la luciérnaga hasta la alegre mariposa y la tierna alondra, siempre están arrullándose en su sueño de amor. Porque todo lo que vive se agita y desarrolla, tiene vida é inspiración expresada en múltiples y variadas formas, que tienen, sin embargo, la misma esencia, ese gran Océano que se llama sentimiento y éste cambiante en círculos infinitos, en ondulaciones varias y en espirales enlazados á la vida general que marchan *ab eterno*....

—Jesus, Jesus, Jesus, prorumpió Dolores. Clemente, por Dios no me hables de esas cosas ni me echas esos *latines*. Para *desirme* que me quieres, te pones siempre hecho una lástima de sublime. Dí, Clemente, ¿me quieres mucho? dijo Dolores acercándosele cariñosamente.

—¡Ah! ¿Y me preguntas eso? Sí, alma mia, te quiero como se deben querer los ángeles en esa eterna primavera que se llama cielo, donde armonías infinitas deben dar la felicidad.

—¡Ya! replicó Dolores sonriendo. Pero dí, eso es en el cielo entre los ángeles, pero en la tierra, ¿qué *susede* entre dos que no son angelitos y se quieren mucho, como nosotros?

—Dolores, ¿qué ha de suceder? Dos seres que se aman así en la tierra, son dos almas gemelas que desde el instante que se vieron se aman sin poderlo evitar, porque como dice un poeta:

El impulso del querer,  
No se sabe definir,  
Ni se llega á comprender,  
Ni se puede resistir.

—Eso, eso era lo que yo queria *desirme*. ¿Ves tú como no se puede resistir el impulso del amor?

—Es verdad, contestó Clemente separándose sin saber porqué de Dolores. Cuando el corazón ama con ilusiones y tierna emoción, no se puede resistir el amor y el alma siente una inefable dulzura que llega al colmo de su felicidad, tan solo contemplando los ojos espirituales y hermosos del objeto adorado.

—¿Y nada mas? añadió Dolores, dirigiéndole una mirada llena de voluptuosidad.

—¿Qué mas, Dolores? ¿qué mas que vivir en las miradas de la muger á quien se adora?

—¿Y nada mas? volvió á decir Dolores exhalando un suspiro. ¡Ay! no acabo de comprenderte.

Un rato de silencio siguió á las últimas palabras de la bella andaluza. Clemente miraba distraído al firmamento azul, revelando su semblante una tristeza melancólica y espiritual, y Dolores imitando sin querer lo que hacia Clemente,

te miraba tambien ensimismada las estrellas y la luna, hasta que volviendo de su distracción exclamó sonriéndose:

—¡Ay, hijo! *Bien disen que un tanto hase sientto*. ¡Pues no miraba yo tambien á las estrellas! ¿Qué tienes? ¿Estás triste?

—No, no estoy triste, contestó el poeta. Parecíame tan solo que sonaba en mis oídos una música deliciosa que he oído muchas veces y estaba sin querer distraído.

Y al mismo tiempo, Clemente empezó á tararear una melancólica barcarola italiana.

Dolores escuchó á su amante un rato, y no agradándola aquella especie de aire elegíaco dijo á Clemente:

—Calla, calla ya por Dios y no cantes eso que *parese el ofisio* de difuntos. ¡Cuidado que eres cruel conmigo sin darte yo motivo! Me has puesto el *corason* mas triste que un *sementerio*, y luego hasta te pones feo cuando cantas esos tросos de ópera tan miedosos.

—¿Quieres que cante yo? preguntó Dolores acercándose cariñosamente á su amante.

—¿Y qué has de cantar tú? ¿Esas coplas andaluzas que no tienen poesía, ni música, ni amor?

—Tú lo diras, contestó Dolores. Escucha, escucha.

Y al momento cantó en un aire andaluz la siguiente copla:

Madresita, madresita  
Qué apuros estoy pasando,  
Es un hombre que no quiere  
Cuando yo le estoy cantando.

—¡Oh por Dios! ¡por Dios! bálbuco Clemente. No digas eso. Sabes que te amo con toda mi ilusión porque veo en tus ojos el amor de los cielos y el alma que yo ambiciono.

—Pues entonces, ¿por qué esa tristeza que te domina siempre?... ¿Me quieres?

—Sí.

—Pues oye....

Y Dolores volvió á cantar una de esas coplas llenas de voluptuosidad y de amor, con todo el entusiasmo que puede sentir un alma apasionada.

—¡Ay! ¡Infeliz! ¡Infeliz! exclamó Clemente con voz conmovida poniéndose de pié. Tú no sabes que nuestras almas redimidas por la gracia y refulgentes sin la sombra del pecado, tienen que lucir cual nítidas estrellas ante el trono de Dios. ¡Infeliz! ¡tú quieres que esclame como el viejo de la divina comedia!

«...¡Guay á voi, anime prave!  
Non isperate mai veder lo cielo:  
I' vegno per menarvi all'altra riva  
nelle tenebre elerne in caldo e'n gielo.»

—Está visto, dijo Dolores retirándose y frunciendo el entrecejo. Estás demente con tus coplas y *tus latines*, y hemos concluido.

—¿Dolores, qué dices, alma mia, tú no sabes?...

—Lo dicho y nada mas. Hemos concluido y punto. Te he querido porque *parecíame* que serias como son todos los hombres, y veo que estás malo de la cabeza y se acabó todo entre los dos.

—Por Dios, por Dios, vida mia, añadió Clemente deteniéndose á Dolores que se marchaba incomodada. ¿Será posible que me abandones?

—Sí, te abandono, no te quiero y maldigo mi mala suerte, que ha hecho que quiera á un hombre como tú.

—¡Oh! tú quieres arrojar mi alma en un océano de desesperación. Sin tí no podré vivir.

—Pues muérete y vete al cielo con los espíritus puros, dijo Dolores separándose con acritud y alejándose de Clemente, que afligido y convulso la veía deslizarse por el jardínillo rozando su bata trasparente y vaporosa las flores, que producía un sonido imposible de espresar.

—Piedad, piedad, exclamaba el pobre Clemente, apoyándose en un árbol. Dolores abrió una puertecilla y se internó en su habitación, mientras que su amante zozobroso y un poco indeciso la siguió casi de cerca hasta unas cuantas varas de distancia de la puerta, por la cual hubiera entrado sino hubiera creído ver en su frontispicio la famosa inscripción:

«Lasciate ogni speranza voi ch' ntrate.»

Clemente se limpió con su albo pañuelo el sudor que corría por su frente, mientras que se alejaba murmurando estas palabras: Todo ha concluido para mí. Adios, Dolores, ingrata.

Ahora, escuchadme, amables lectoras. Si alguna vez os encontrais en el jardín de vuestra vida con esa flor delicada que apenas crece entre los hombres y se llama un poeta, contentaos tan solo con aspirar su aroma, sin tratar de separarla de su tallo sino quereis que se marchite y evapore á vuestro lado. Pero sabed tambien que sino todas, las mas de esas flores suelen ajarse antes de tiempo, pues los poetas, por una antítesis que no me esplico, suelen ser tan *espirituales* en su vida de imaginación como *prosáicos y materialistas* en su vida real.

José SUERO.

## SIEMPRE TÚ.

Ya despunta la fresca mañana,  
ya susurra la brisa ligera,  
sutil;  
y en las flores de fértil pradera,  
reina amante la rosa temprana  
de Abril.



Tu hermosura,  
ví en la pura  
blanca rosa que cogí;  
que te adoro,  
mi tesoro,  
con ardiente frenesí.

La azucena su cáliz abría,  
y mecida por céfiro blando,  
galán,  
su pureza y su gala ostentando,  
le contaba su amor, su alegría,  
su afán.

La azucena,  
mi morena,  
no es tan gayá cual tu faz;  
ni es el viento,  
mi contento,  
tan risueño y tan fugaz.

Del tomillo bebiendo el aroma,  
revolando el jilguero vagaba  
cantor;  
ya en la humbría su queja exhalaba,  
ya en el valle, en el llano, en la loma,  
su amor.

De jilguero  
vocinglero,  
que mi oído regaló,  
fué tu canto,  
dulce encanto,  
que mi pecho cautivó.

Por el prado amoroso corrian  
los corderos que alegres balaban,  
sin ver;  
que al redil que jugando dejaban  
ya del monte al azar, no podrían  
volver.

La sencilla  
corderilla  
que triscando al prado fué,  
no es tan bella,  
clara estrella,  
como siempre te admiré.

Sigue el sol al zenit: sus fulgores  
y sus rayos de fuego derrama,  
su luz:  
del Eterno las glorias proclama,  
y sustenta la enseña de amores,  
la cruz.

Son destellos,  
vivos, bellos,  
de oro y plata, cual tisú,  
los que rojos,  
de tus ojos,  
claros rayos vibras tú,

JOSÉ MARTÍN Y SANTIAGO.

#### ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

(Conclusion.)

Volviendo á los cuadros de historia, diremos nuestra opinion sobre el del señor Sanz, cuyo asunto es el levantamiento de Cádiz.

Lo primero que se nota en él es mucho carácter y una entonación española, que recuerda el Museo y los pintores antiguos. Hay en este cuadro vida y movimiento: véanse figuras que verdaderamente se mueven y andan; toda la composición está bien entendida, y algunos grupos particularmente atraen la atención notablemente.

Esto no obstante, hay detalles pintados demasiado de prisa, no acabados. Algunos brazos y algunas piernas como las de la muchacha que se despiden del granadero, son planas, no modelan; en cambio el caballo está pintado de un modo fácil y tiene buen dibujo. Todo el cuadro revela muchas dotes en su autor, especialmente de pintor naturalista.

En la anterior Exposición, nos hizo ver el señor Sanz que se podían formar de él buenas esperanzas, las cuales el cuadro que nos ocupa contribuye á robustecer.

El episodio de la guerra de Africa, pintado por el señor Unceta, es cuadro que á primera vista y contemplándole á cierta distancia no produce tan buen efecto como mirándole de cerca, que es como este cuadro debe verse: se notan en él figuras bien hechas, detalladas y muy concluidas. La caballería enemiga huyendo delante de nuestros soldados está representada con mucho carácter; los ginetes son verdaderos tipos marroquíes, y todo el cuadro da una idea verdadera de un combate en Africa.

Parece que el autor ha querido hacer su cuadro al estilo de esas tablas alemanas, en las que rebuscando, hallamos siempre algo nuevo que admirar.

El cuadro de San Hermenegildo del señor Aznar, que al principio no ha sido apenas notado, vá gustando mas, á medida que en él se vá reparando. A esto contribuye su entonación mas reposada, que no brilla al lado de las otras pinturas de la sala: la composición es buena, y el asunto está explicado con acierto: tiene este cuadro cabezas de buen color y extremos bien hechos. Gustará mas cuanto mas se le vea. En cambio la Safo del mismo señor no nos agrada ahora, ni esperamos que nos agrade nunca. Es de un efecto desagradable, que no corresponde á otros trabajos que su autor ha hecho anteriormente.

El señor Mercadé ha representado en el cuadro de las Hermanas de la Caridad, la escena sencilla y tierna que ha tomado por asunto, con suma sencillez y naturalidad. Este cuadro habla al corazón como escena de sentimiento: su autor ha hecho progresos en punto á ejecución desde la anterior Exposición, y tenemos motivos fundados para pensar que aún adelantará mas.

La Señora echando una limosna en el cepillo de una iglesia, pintada por el señor Maureta, es de un tipo delicado y de una belleza elegante.

El otro cuadro de este autor, de doña María Padilla, no le juzgamos, pues nos podríamos equivocar fácilmente atendido á que está colocado en mal sitio, y la luz le perjudica en alto grado.

El señor Suarez Llanos ha espuesto un cuadro cuyo asunto es una escena de la *Tia Fingida*, novela de Cervantes. Tiene esta pintura mucho carácter de la época que representa. La escena está tratada con naturalidad, y de un modo propio. Es también este cuadro de los que no nos agradan mucho al principio y luego nos aficionan.

El interior de la iglesia de San Isidro, pintado por el señor Tomé, ha sido con la mayor justicia objeto de los elogios de todos, que unánimemente le aplauden desde el momento en que se abrió la Exposición. Este autor, que era poco conocido, de hoy mas, ocupará entre los buenos artistas el puesto que por sus talentos merece, y los cuales la exposición de este cuadro ha venido á demostrar.

Este interior es de un mérito indisputable; hasta los menores detalles están hechos con tanta precisión, con tanta exactitud, que no creemos exajerar diciendo que en este punto, puede sostener la comparación con esos interiores flamencos tan admirables que hay en las salas del Museo.

Quizá el único defecto de este precioso cuadro es tener un poquito fría la entonación, pero esto apenas disminuye tantas otras cualidades notables como en él resaltan.

Los cuadros del señor Fierros representando romerías y danzas de campesinos, han agradado mucho al público. Efectivamente, hay originalidad y vida en la composición; los grupos están llenos de gracia. Están pintados estos cuadros con valentía, y es lástima que la entonación sea en general poco agradable, siendo además sumamente parecidos en este punto unos cuadros á otros, cosa muy enojosa á la vista, lo que creemos debe procurar evitar el señor Fierros empleando tonos mas variados y agradables; de este modo ganarán mucho sus obras, y lucirán mejor otras buenas cualidades que posee.

Muchos artistas buenos y muchas obras apreciables nos quedan aun por referir; pero este escrito vá tomando ya unas proporciones que no entraron en nuestros planes, y así dejamos con sentimiento de ocuparnos de pintores que han figurado bien en la Exposición, tales como el señor Dioscoro, Puebla, Gonzalvo, Castro, Gimenez, Belmonte, Esquivel y otros; pero nos es imposible continuar; y así lo dejamos, diciendo, que debemos todos alegrarnos, porque ciertamente es un hecho que el arte en nuestro país empieza á levantarse, y que la escuela española moderna ha entrado en el camino de su regeneración.

Debemos estar animados; pero no por esto será bueno que se engendren demasiadas ilusiones: falta mucho aun para que la pintura esté entre nosotros á la altura de otros tiempos.

No hay que hacer comparaciones, que serían arrogantes y harían después caer desde muy alto. Persuadámonos, porque esta es la verdad, que aunque muchos nuevos talentos empiezan á darse á conocer, los maestros que admiramos en el Museo están á una altura tan grande, que hay muchos esfuerzos que hacer y gran terreno que andar para alcanzar hasta donde ellos llegaron.

EDUARDO LOREN Y LA HOZ.

#### EL AMBICIOSO POR AMOR.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.

(Continuacion.)

VIII.

Combatido Rodolfo por la desgracia, pero impulsado por su amor, trata de acometer á la fortuna estableciendo en Besanzon su bufete de abogado. Una numerosa clientela se aprovecha de su talento, con lo cual cobra fama y se resarce de sus pérdidas; mas tarde publica un periódico para defender los intereses del comercio, á fin de que la elección le designe un puesto en la Asamblea. Asistamos á una comida espléndida en casa del baron de Watteville, dada con motivo de no se qué celebridad, á principio de setiembre de 1834, en el momento en que las mugeres estaban colocadas en círculo delante de la chimenea del sa-

lon, y los hombres en grupos separados. Una exclamación general produjo la vista del señor vicario general, abad de Grancey, que se anunció.—¿Y el pleito? le preguntó uno.—Ganado, respondió el vicario; la sentencia definitiva nos dá por ganada la causa en todos sus puntos, y re-forma el juicio de primera instancia.—Todo el mundo lo creía perdido, añadió otro.—Y lo estaba si no hubiera sido por mí. Mientras nuestro abogado fué á París por un colega suyo de gran renombre: en el momento de la batalla, encomendé la causa á un nuevo abogado á quien le debemos el triunfo; un hombre extraordinario...—¿De Besanzon? preguntó sencillamente Mr. de Watteville.—De Besanzon, respondió el abogado.—¡Ah! sí, Mr. Rodolfo de..., dijo un bello y elegante jóven que estaba al lado de la baronesa de Watteville, llamado Amadeo Soulas.—Justamente; ha pasado cinco ó seis noches devorando legajos, y ha tenido siete ú ocho conferencias conmigo; repuso Mr. de Grancey. Por último, Mr. Rodolfo acaba de vencer completamente al célebre abogado que nuestros adversarios fueron á buscar á París; pero ese jóven ha estado maravilloso, al decir de los jueces; de modo que el Capitulo es dos veces vencedor: ha vencido en el terreno de la ley y en el de la política; porque ha vencido al liberalismo en la persona del defensor de nuestro ayuntamiento. «Nuestros adversarios, ha dicho Mr. Rodolfo... no han de ver siempre complacencia cuando se trata de arruinar á los arzobispos.» El presidente se vió obligado á hacerle callar; pero esto le valió un aplauso: así la propiedad de los edificios del antiguo convento quedan en el Capitulo de la catedral de Besanzon. Mr. Rodolfo convidó después á comer á su cofrade de París á la salida del Tribunal.—«Acepto, le dijo; el honor siempre está de parte del que vencer,» y le ha felicitado sin rencor por su triunfo.

—Pero es extraño que ese abogado haya venido á establecerse en Besanzon, añadió Mad. de Watteville; es una idea muy singular.—Ciertamente, contestó Mr. Soulas, ya comprendéis que en una ciudad todo está clasificado, definido, conocido, numerado; y sin embargo, Mr. Rodolfo... ha sido recibido por nuestros abogados sin ninguna dificultad. Solo se contentan con decir «es un pobre diablo que no conoce este país.» «¿Quién ha podido aconsejarle que venga á establecerse aquí?» «¿Qué pretende hacer?» «Envía tarjeta á los magistrados en vez de visitarlos en persona!» «¿Qué falta!» Ha tomado por criado á Gerónimo, un antiguo ayuda de cámara del difunto Mr. Galard, que entiende un poco de cocina. Pero ya todo el mundo ha olvidado á Mr. Rodolfo; no se le vé por ninguna parte.—¿No vá á misa? preguntó Mad. Chavoncourt.—Vá los domingos á Saint-Pierre á la primera misa, á las ocho. Se levanta todas las mañanas entre la una y las dos; trabaja hasta las ocho, almuerza y después continúa trabajando; dá un paseo por el jardín, come y se acuesta entre las seis y siete de la tarde.—¿Cómo sabéis todo eso? preguntó Mad. Chavoncourt.—Muy fácilmente: yo habito en la calle Neuve, esquina á la del Perrou, desde donde veo perfectamente la casa que habita ese misterioso personaje; además mi jokey y Gerónimo tienen muchas conversaciones sobre él.—¿Y cómo sabíais que ese caballero era abogado? preguntó la baronesa dirigiéndose al vicario general.—El primer presidente le nombró de oficio para defender en el tribunal á un aldeano, casi imbécil, acusado sin culpa. Mr. Rodolfo ha hecho poner en libertad á ese pobre muchacho, probando su inocencia y demostrando que habia sido instrumento de los verdaderos culpables. Su defensa ha hecho gran impresion en la sala y en los jurados: uno de ellos que es negociante, confió el otro día á Mr. Rodolfo un proceso delicado y lo ganó. En la situación en que nos hallábamos por la imposibilidad de que Mr. Berryer viniese á Besanzon, Mr. de Garcenault nos aconsejó que tomásemos á Mr. Rodolfo, y nos predijo el éxito. Cuando le ví y le escuché me inspiró mucha confianza y no me he equivocado.—¿Tiene eso algo de extraordinario? dijo Madama Chavoncourt.—Explicadnos esos detalles, repuso Mad. de Watteville.

La primera vez que le ví, continuó el abad de Grancey, me recibió en la primera pieza después de la antecámara, donde tiene su biblioteca, que es lo que constituye el lujo de esa habitación. El mobiliario consiste en un bufete, seis antiguos sillones de tapicería y unas modestas cortinas en las ventanas. No me imaginaba que mi abogado fuese tan jóven: su figura está en armonía con la habitación. Me recibí vestido con bata de merino negro, atada á la cintura con un cordón encarnado, pantuflas encarnadas, un chaleco de franela encarnado y unos pantalones encarnados.—¡La librea del diablo! exclamó Mad. de Watteville.—Sí, dijo el abad; pero tiene una cabeza soberbia: cabellos negros mezclados con algunos blancos como los de San Pedro y San Pablo de nuestros cuadros; un cuello blanco y redondo como el de una muger; una frente magnífica con esas arrugas que dejan los grandes proyectos, los sublimes pensamientos, las profundas meditaciones en los grandes hombres; una tez pálida como el mármol, con manchas coloradas; su nariz es cuadrada, sus ojos despiden destellos de luz; las señales del padecimiento se pintan en sus mejillas; la barba es demasiado corta y en su boca tiene siempre una sonrisa sardónica; las sienes tienen esas arrugas que imprimen el sufrimiento; sus ojos hundidos parecen dos globos ardientes que ruedan; pero á pesar de estos indicios de pasiones violentas, tiene un aire sosegado y de profunda resignación; la voz es de una penetrante dulzura, la cual me sorprendió en la sala por su facilidad; es la verdadera voz del orador; ya pura y astuta, ya insinuante y fuerte, ya plegándose al sarcasmo y haciéndose entonces incisiva. Mr. Rodolfo... es de mediana estatura, ni grueso ni delgado; por último, sus manos son de una delicadeza femenil. La segunda vez que fui á su casa, me recibió en la cámara contigua á la biblioteca, y se sonrió al ver mi sorpresa al contemplar una mala cómoda, una pobre alfombra, una cama de colegial, y en las ventanas visillos de percalina. Salía de su gabinete, en donde nadie penetra, segun me ha



dicho Gerónimo, y cerró aquella puerta con llave delante de mí. La tercera vez, almorzaba en su biblioteca, de la manera mas frugal, pero aquella mañana, como habia pasado la noche examinando nuestros documentos, debíamos permanecer juntos mucho tiempo, de manera que he podido estudiarle con mas detencion. ¡Oh! ciertamente no es un hombre vulgar; tiene mas de un secreto grave tras de aquella máscara á la vez terrible y dulce, de mansedumbre y de impaciencia, satisfecha y desasosegada; le encontré ligeramente agobiado como todos los hombres que tienen sobre sí una pesada carga. Despues de haber estudiado bien esa bella cabeza, y sobre todo, despues de haberle oido contestando esta mañana á su contrincante, una de las águilas del *Foro* de París, pienso que ese hombre, que tendrá unos treinta y cinco años, pesará mas tarde en la balanza de los grandes acontecimientos...—¿Para qué ocuparnos tanto de vuestro abogado? El caso es que el pleito está ganado y que vos le habeis satisfecho su trabajo; dijo Mad. Watteville observando á su hija Rosalía que desde que empezó á hablar el vicario general estaba como suspendida de sus labios.

La conversacion tomó otro rumbo y no se habló mas de Rodolfo. El retrato bosquejado por el mas digno de los vicarios de la diócesis tuvo mas atractivos que una novela para la imaginacion de Rosalía, que á los diez y siete años no habia leído mas que las *cartas edificantes* y algunas obras sobre la ciencia heráldica. Por la primera vez en su vida encontraba lo extraordinario y maravilloso que acariaban todas las imaginaciones jóvenes, y despierta la curiosidad tan viva á la edad de Rosalía. ¡Qué ser tan ideal era á su juicio ese Rodolfo, sombrío, elocuente, trabajador! ¡Qué contraste con el joven Amadeo Soulas, elegante presumido, tan saludable, ocupado siempre de modas y de vagatelas!—¡Rodolfo! ¡Rodolfo! repetía ella para sí. Durante toda la *soirée*, Rosalía esperaba oír hablar mas sobre Rodolfo; pero fuera de las felicitaciones que dirigian al abad sobre el triunfo del pleito, nadie tomó parte en el elogio del abogado.

La señorita de Watteville aguardaba con impaciencia la hora de acostarse: hacia ánimo de levantarse entre las dos y las tres de la mañana para ver las ventanas del gabinete de Rodolfo. Se acordó que á través de los árboles de los dos jardines contiguos habia apercibido una ventana iluminada desde su lecho.—Era su luz, dijo ella; puedo verle, y le verá. Cuando llegó la hora deseada, experimentó cierto placer al contemplar la luz que se proyectaba á través de los árboles: eran las bugías del abogado. Con ayuda de esa excelente vista, que posee una joven animada por la curiosidad, vió Rosalía á Rodolfo escribiendo, y creyó distinguir el color de su estancia, que le pareció colorado: de la chimenea, colocada sobre el tejado, salía una espesa columna de humo.—¿Cuando todo el mundo duermine, él vela... como Dios! murmuró Rosalía.

A la mañana siguiente, al tiempo de vestirse la señorita de Watteville miró necesariamente á Rodolfo, que estaba paseándose en el jardín.—¿Qué sería de mí, pensó ella, si él viviese en otra parte? Aquí á lo menos puedo verle. ¿En qué pensará?

Despues de haber visto aunque distante, á este hombre extraordinario, Rosalía tuvo repentinamente la idea de penetrar en su interior, saber las razones de tanto misterio, oír aquella voz elocuente, recibir una mirada de aquellos bellos ojos. Ella quiso todo esto; ¿pero cómo obtenerlo?

## IX.

La señorita de Watteville ideó esos planes descabellados en los cuales vagan casi todas las imaginaciones de las jóvenes, cuando en medio de la soledad en que las tienen algunas madres imprudentes, se encuentran excitadas por un acontecimiento capital, que el sistema de compresion á que están sometidas no ha podido ni preveer, ni impedir. Ella pensaba bajar con una escala al jardín de la casa de Rodolfo y aprovecharse del sueño del abogado para ver desde su ventana el interior del gabinete: luego pensaba escribirle, y rompiendo los lazos de aquella sociedad, introducirle en la casa de sus padres.—¡Ah! dijo ella, ¡mi padre tiene disidencias sobre sus tierras de Rouzey, él se encargará de este pleito y podrá de este modo asistir á nuestras reuniones! Y se lanzó de su lecho para ver la luz prodigiosa que iluminaba las noches de Rodolfo.

Daba la una, él dormía aún.—¡Voy á verle levantar; quizás venga á la ventana! pensaba Rosalía. En este momento fué testigo de un suceso que debia poner en sus manos el medio de llegar á conocer los secretos de Rodolfo. Vió á la luz de la luna á Gerónimo, que despues de trepar la tapia del jardín, se dirigió al kiosko, de donde salian dos brazos que le llamaban con ansiedad. En la cómplice de Gerónimo reconoció Rosalía al punto á Marieta, su doncella.—Marieta y Gerónimo, dijo, ¡Marieta! ¡una muchacha tan fea! Por fuerza deben tener vergüenza de verse.

Si Marieta era horribilmente fea, en cambio tenia una herencia en tierras; y merced á diez y siete años de servicio en casa de Mad. de Watteville, que la estimaba por su devocion y su probidad, contaba con pingües economías: esto á los ojos de Gerónimo hacia cambiar las leyes de la óptica y se imaginaba en Marieta un bello hechizo.

Rosalía se volvió á acostar, no sin pensar en todo el partido que podria sacar de este descubrimiento. Al día siguiente yendo á misa en compañía de Marieta (la baronesa estaba indispueta), Rosalía tomó el brazo de su doncella y le dijo:—Marieta, ¿tiene Gerónimo confianza con su señor?—No sé, señorita.—No te hagas la inocente conmigo, respondió secamente Rosalía. Esta noche te has dejado abrazar por él bajo el kiosko. Ya no me maravillo que aprobases tanto la idea de mi mamá sobre su embellecimiento.

Rosalía sintió en su brazo el estremecimiento de Marieta.—Yo no te quiero mal, continuó, confía en que no diré nada á mamá: puedes ver á Gerónimo como te plazca.—



Aguador de Quito.

Pero, señorita, su intencion es casarse conmigo.—¿Entonces por qué le das citas de noche? Marieta aterrada no supo qué responder.—Escucha, Marieta, yo tambien amo; pero en secreto. Soy hija única, y ya ves que mas debes esperar de mí que de nadie.—¡Oh! señorita, vos podeis contar con nosotros, exclamó Marieta, dichosa con aquel desenlace imprevisto.—Desde luego silencio por silencio, dijo Rosalía. No quiero casarme con Mr. Soulas; pero absolutamente quiero otra cosa; á este precio te dispenso mi proteccion.—¿Qué? preguntó Marieta.—Quiero ver las cartas que Mr. Rodolfo manda á Gerónimo echar al correo.—¿Para qué? dijo Marieta espantada.—¡Oh! nada mas que para leerlas: despues tú misma las echarás al correo. Esto no causará mas que un poco de retardo. En este momento la señorita de Watteville y Marieta entraron en la iglesia, y cada una de ellas hizo sus reflexiones, en vez de leer en el ordinario de la misa.—¡Dios mío! ¡Cuántos pecados encierra esta accion! se dijo Marieta.—¡Oh! decía Rosalía de rodillas, sepultada la cara entre sus manos, y en la actitud de una persona abismada en la oracion, ¡oh! ¡cómo voy á descifrar todo el misterio!

Dos días despues entregó Marieta la siguiente carta á la señorita de Watteville.

RODOLFO A LEOPOLDO.

«Amigo mío, estoy establecido en Besanzon en tanto que tú me crees viajando: no he querido decirte nada hasta el momento en que empezase mi triunfo, y ya distingo su aurora. Si, querido Leopoldo, despues de tantas empresas abortadas, donde he perdido lo mas puro de mi sangre, agotado tantos esfuerzos y gastado tanto valor, he querido hacer lo que tú: tomar un camino conocido, ancho, el mas largo; pero el mas seguro. ¡Qué saltos te veo dar en tu sillón de notario! No creo que haya nadie, cualquiera que sea el cambio de mi vida interior, que esté en el secreto. Tú solo sabes el misterio de mis acciones; respeto la reserva que ella ha exigido. Amigo mío, me cansaba horriblemente la vida de París. El desgraciado desenlace de mi primera empresa, donde fundé todas mis esperanzas, me ha hecho renunciar á buscar la fortuna pecuniaria despues de haber perdido tres años de mi vida.

«Quise hacerme hombre político, para llegar un día á ser par de Francia bajo el título de conde. Ya sabes los estudios concienzudos que he hecho; he sido periodista oscuro, pero constante y útil, y secretario de aquel hombre de Estado que en 1829 me fué tan fiel! Sumergido en la nada por la revolucion de julio, cuando empezaba á brillar, en el momento en que iba á ser nombrado magistrado, una pieza necesaria en la máquina política, he cometido la falta de permanecer fiel á los vencidos y luchar por ellos y sin ellos. ¡Ah! ¿por qué no tenia yo entonces treinta y cinco años? ¿y cómo no he trabajado para hacerme lugar con los vencedores? ¿Oculté mi abnegacion y mis peligros; qué quieres? Yo tenia fé. Durante ese tiempo en que me veias tan alegre escribiendo mis artículos políticos, estaba lleno de desesperacion; me veia con dos mil francos por toda fortuna y sin tener ninguna celebridad; acababa tambien de naufragar en una noble empresa: un periódico sin mas esperanza que lo porvenir, en vez de dirigirse á las pasiones del momento como

yo necesitaba. Ya no sabia qué partido tomar; padecía, estaba herido y marchaba sombrío por los sitios solitarios de aquel París que se habia escapado á mis ojos, pensando en mis ambiciones defraudadas, pero sin abandonarlas. ¡Oh! ¡qué cartas llenas de rabia le escribía entonces á ella! A veces yo me decia:—¿Por qué trazarme un programa tan vasto? ¿por qué quererlo todo? ¿por qué no aguardar la dicha entregándome á una ocupacion casi mecánica?

(Se continuará).

## EL CASTAÑO DEL 20 DE MARZO.

Hay en París un árbol que todo el mundo conoce, al menos de nombre, y que por esta razon ha pasado al estado de celebridad vegetal: es el árbol llamado *Castaña del 20 de marzo*.

Este castaño no tiene nada que llame la atencion, y ofrece tan pocos caracteres distintivos, que se le ha confundido con frecuencia con otro castaño precoz, de tronco tortuoso y de diámetro mas pequeño, que se encuentra al extremo opuesto en el jardín de las Tullerías.

Este último árbol, tan precoz como el primero, era el que Mr. Elías de Beaumont, en una comunicacion dirigida á la Academia de Ciencias el 26 de marzo de 1853 designaba como el castaño del 20 de marzo. La costumbre ha querido que no fuese así; y aun cuando estos dos árboles se cubren de hojas á un mismo tiempo, el público solo reconoce á uno de ellos la facultad de rejuvenecerse en una época fija.

Siguiendo la calle principal del jardín, en direccion de la plaza de la Concordia, se encuentra á la derecha, en el momento en que la calle penetra en dos pequeños cuadros de árboles, un parterre cubierto de césped adornado con las pequeñas estatuas de Atalante y de Hipómenes, disputándose la gloria de la carrera, y guarnecido en el fondo de un hemicírculo de mármol blanco, en cuyo centro se eleva una estatua de Pomona. El famoso castaño de tanta nombradía se encuentra, pues, entre la calle principal y las dos estatuas nombradas.

Su tronco es de una circunferencia mediana, contando todo lo mas unos tres metros de altura desde el suelo á las primeras ramas. Este tronco ofrece una particularidad que lo dá á conocer fácilmente: es que es mas grueso del centro que de los extremos, y que está casi siempre cubierto de inscripciones. En cuanto á sus ramas, constituyen un haz de forma mas vertical que las de los demás castaños.

Este árbol goza de la reputacion de estar siempre cubierto de hojas el 20 de marzo, cualesquiera que hayan sido la duracion y el rigor del invierno. El año pasado Mr. Elías de Beaumont anunciaba á la Academia que el castaño de las Tullerías, á pesar de un invierno pesado, largo é intenso, se habia cubierto de hojas el 20 de marzo como de costumbre.

Sin embargo, este fenómeno no pasa de ser una ilusion, pues basta observarlo algunos años para convencerse de que este árbol no se cubre de hojas en una época fija, sino que se adelanta ó atrasa segun la benignidad ó el rigor del invierno.

Pero vamos á lo principal. ¿Por qué ha adquirido este árbol una reputacion tan colosal? La causa de ello es de muy fácil explicacion. Ora sea en razon de la especie, ora á causa del terreno en que está plantado, el famoso castaño es un poco mas precoz que los que hay á su alrededor. Los numerosos paseantes, al observar que ostentaba ya hojas cuando los demás no las tenían todavia, le han hecho adquirir esa reputacion de árbol fenomenal, que se ha trasmitido de unos á otros, y se ha fijado la reproduccion de sus hojas al 20 de marzo, época media en que se renueva la vegetacion general bajo el clima de París. Además, el castaño del 20 de marzo no es el único de su especie precoz en el jardín de las Tullerías, puesto que en el mismo cuadro de árboles, cerca del grande estanque, se halla el otro castaño que hemos mencionado antes y cuyas mazorcas de hojas se encuentran cuando menos tan adelantadas como las suyas. Si se examinan los castaños del jardín de Luxemburgo se verá que nada tienen que envidiar en cuanto á precocidad, á los de las Tullerías.

Por consiguiente, tanto esto como la diferencia que se nota en lo espuesto en la Academia de Ciencias por los señores Elías de Beaumont y Gadeblet, nos afirma en que el castaño del 20 de marzo goza de una fama usurpada y que no se cubre de hojas, como se ha querido suponer, en una época fija todos los años.

T. H.

## PENSAMIENTOS.

Un pobre avergonzado de su pobreza, seria muy orgulloso si fuera rico.

La terquedad y obstinacion son señales é indicios ciertos de tontería.

Puede compararse la dicha á un trage. Suele siempre gustar mas el que otro lleva, que el que uno usa.

Por todo lo no firmado,  
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTÍNEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,  
calle del Arco de Santa María, núm. 7.